

LA PRÓDIGA

ÍNDICE

<i>AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ FERNÁNDEZ JIMÉNEZ.....</i>	235
LIBRO PRIMERO. CAMPAÑA ELECTORAL.....	237
I. Política recreativa	239
II. Una gran electora.....	240
III. El cortijo del Abencerraje	246
IV. La señora marquesa.....	249
V. José	254
VI. Resonancias de la vida.....	261
VII. Una mujer que se conocía a sí misma	266
VIII. Dos vencedores y un vencido	275
IX. «A la excelentísima señora doña Julia de*** —Partido de***—Término de***— Cortijo del Abencerraje	280
LIBRO SEGUNDO. SUEÑOS DE AMOR Y FORTUNA	283
I. Para verdades... Madrid	285
II. Una sesión de Cortes.....	287
III. Segunda carta de Guillermo a Julia.....	289
IV. El fondo del alma	293
V. Metamorfosis	295
VI. Pura	298
VII. Idilio madrileño.....	300
VIII. Un diplomático.....	304
IX. Verdadera historia de Julia	307
X. Perplejidad	312
XI. Decisión	314
XII. El don Lucas de siempre	315
XIII. Otras dos lágrimas	318
XIV. El horizonte sensible	321

LIBRO TERCERO. EL CARNAVAL EN EL CAMPO.....	327
I. Lobos y perros.....	329
II. Perros y lobos.....	334
III. El juramento.....	340
LIBRO CUARTO. LAS CUATRO ESTACIONES.....	349
I. Auto de fe en la chimenea.....	351
II. Nube de primavera.....	361
III. Tormenta de verano.....	367
IV. Celajes de otoño.....	375
LIBRO QUINTO. EL 1.º DE OCTUBRE.....	381
I. Los novios.....	383
II. Los amorcillos de zinc.....	384
III. Hablar por hablar.....	387
IV. La vuelta de la boda.....	389
V. ¡Exageraciones!... ..	391
VI. <i>Modus vivendi</i>	394
VII. Cuentas atrasadas.....	396
VIII. Sin música.....	398
IX. Con música.....	401
X. El indulto de <i>La Época</i>	402
XI. Cartas y retratos.....	409
XII. En el que José vuelve a llevar en brazos a Julia.....	421
XIII. El perro y el lobo.....	425
XIV. Epílogo.....	427

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON JOSÉ FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

Al dar a mis libros esta forma definitiva, y algo testamentaria, de *Colección de obras completas*, con que me sobrevivirán de seguro (aunque no sea más que apolillándose, por falta de venta, en almacenes y librerías), me he propuesto escribir, al frente de cada tomo, en señal de cariño y de gratitud, el nombre de alguno de los buenos amigos que me han acompañado y alentado con su afecto en esta peregrinación de la vida, a cuyo término voy ya tocando.

Correspóndete a ti, mi querido Ivón —y perdona que te designe con el que fue tu nombre de guerra en nuestras juventudes— figurar como padrino de *La pródiga*, librejo que hoy he acabado de escribir, y que tal vez sea el último que escriba. Por consiguiente, vengo a dedicarte, como si dijéramos, el Benjamín de mis libros, mi más amado engendro literario, el orgullo y regocijo de mis canas, o acaso, acaso, la debilidad de mi chochez.

Así procedía en justicia, tratándose de ti, mi más íntimo amigo y mejor maestro, que tanto sientes, piensas y sabes, y que toda la vida te has complacido en aclarar y corregir entendimientos como el mío, menos lúcidos que jactanciosos, antes que en afianzar tu propia gloria. No has logrado, empero, con toda esa abnegación y modestia, ocultar al mundo tus extraordinarias dotes de artista, de poeta, de filósofo y de orador; y, aunque perseveres en la manía de no escribir para el público, tú, que manejas la pluma con el vigor, pureza y elegancia de un Fray Luis de León, de un Hurtado de Mendoza o de un Solís, seguro estoy de que tu nombre pasará a la posteridad, como ha llegado hasta nosotros el de poetas y artis-

tas cuyas obras se perdieron hace miles de años. De ello hará punto de honra la generación que ha tenido la dicha de conocerte y de oírte; que tanta enseñanza te debe, y que tanto te ha admirado y aplaudido; y ¡bien sabe Dios que, si por algo pudiera yo apetecer que esta humilde dedicatoria se leyese en edades futuras, sería por contribuir a la duración de tu justa fama!...

Pero veo que te ponen colorado mis elogios... Dejémonos ya de lo que, en suma, es vano y contingente, como todo lo tocante a grandezas humanas, y recibe al contado, por de pronto, un abrazo de fraternal cariño de tu paisano, amigo y compadre,

PEDRO

Madrid, 10 de febrero de 1882

LIBRO PRIMERO
CAMPAÑA ELECTORAL

I

POLÍTICA RECREATIVA

Hace ya de esto quince o veinte años. Preparábase en nuestra siempre revuelta España una elección general de diputados a Cortes. La batalla debía reñirse aquella vez por *circunscripciones*, y los tres candidatos de oposición embozada que aspiraban a representar la parte nordeste de cierta provincia andaluza, donde eran mucho menos conocidos que en Madrid, bien que tuviesen en ella tal o cual pariente y alguna finca, andaban recorriendo, juntos y a caballo, villas, lugares, aldeas y cortijos, en busca de votos contrarios al Ministerio; oficio divertidísimo si los hay, cuando uno es todavía joven y poco ambicioso, aficionado a montar, indiferente a los peligros o dado a correrlos, más devoto de la naturaleza que de la política, y más amante de las mozas guapas, del buen vino y de las fatigas corporales que de todas las formas de gobierno habidas y por haber.

Tal acontecía en aquel entonces a los candidatos referidos, y muy especialmente al que entre ellos hacía cabeza, del cual hablaremos luego más despacio. Llevaban, pues, muchos días de asordar agrestes soledades con sus risas y bromas, reservando la formalidad para cuando entraban en poblado; de escalar y salvar montes y breñas, a todo el correr de sus alquilados corceles, en demanda de ocultos y desprevenidos lugares; de entrar en ellos como asoladora tromba, interrumpiendo la fastidiosa paz de la rutina y la pobreza; de comerse la *matanza* de alcaldes, estanqueros y otras personas de viso (que no la prueban nunca, sino que la guardan para tales casos de honra), y de dejarles en cambio la cabeza y el pueblo llenos de perturbadoras cuanto peregrinas especies madrileñas, que cada labriego traducía al tenor de sus pasiones y apetitos, con detrimento y mengua de antiguos respetos sociales...

Dicho se está que no iban solos aquellos tres *futuros ministros*, así reputados, cuando menos, por sus partidarios, como todo candidato primerizo a la diputación... Poderosos o guerrilleros hijos del país, muy más interesados que ellos en la contienda, aunque nada se les alcanzase de ideas políticas o no políticas, los acompañaban en rabicortas jacas con albardilla moruna o en paridoras yeguas con aparejo redondo, amén de la servidumbre propia y de los espoliques voluntarios que, a pie y con escopetas, iban dando a la expedición carácter y colorido de verdadera algarada... Renovábase casi todo este séquito en cada pueblo conquistado: allí esperaban a nuestros héroes, además de *los amigos* de la localidad, comisiones avanzadas del pueblo siguiente, y se despedía la que llamaremos *escolta póstuma* del pueblo anterior; de modo que el entusiasmo y los obsequios no decaían nunca, sino que, antes bien, aquellos agasajos que los hospedadores sucesivos presenciaban en la residencia ajena, les servían de estímulo para echar la casa por la ventana en la residencia propia, habiéndose llegado ya al extremo de poner a los viajeros unas camas con tantos colchones, que apenas les dejaban sitio, entre las almohadas y el techo, para santiguarse después de acostados.

II

UNA GRAN ELECTORA

En tal guisa, los tres jóvenes aspirantes a legisladores, a quienes, para entendernos de algún modo, llamaremos Enrique, Miguel y Guillermo, llegaron a un pueblecillo de donde nadie había salido a esperarlos, y en el cual, si bien fueron decorosamente recibidos y tratados... por el Ayuntamiento, en virtud de recomendaciones eficacísimas... del gobernador, que era más adicto a ellos que al Gobierno de Su Majestad, tuvieron el disgusto de oír de boca del mismísimo alcalde, o, mejor dicho, de boca del secretario (única persona que, además del cura, sabía allí leer y escribir, y aun pudiera añadirse que hablar y pensar), las siguientes desagradables razones:

—¡Mal pleito traen ustedes por aquí, si no cuentan con la *señora marquesa*! ¡Ni el gobernador ni nadie conseguirá que estos electores voten ni hagan otra cosa que lo que ella diga! Los mismos individuos del Ayuntamiento se mirarán mucho en disgustarla...

Procuren ustedes, pues, que *su excelencia* diga media palabra a favor de su candidatura, y yo me encargo de lo demás...

—¡No sabemos de qué *señora marquesa* nos habla usted!... —respondió con mucho énfasis el llamado Enrique—. Según nuestros apuntes, este pueblo, que, efectivamente, fue de *señorío* en la antigüedad, y perteneció por completo al marquesado del mismo nombre, ha pasado, con la desvinculación, y con las locuras de los últimos marqueses, a ser propiedad de sus habitantes, o sea de los antiguos colonos, quienes han ido comprando poco a poco las desamortizadas tierras, sin que hoy exista, ni aun de nombre, aquel ilustre título, por no haber sacado el último heredero... o heredera, la indispensable carta de sucesión, previos los pagos correspondientes... ¡Ya ve usted que conocemos el distrito a palmos!

—Todo eso es verdad... —replicó el secretario con manse dumbre—; pero no lo es menos que, de esa arruinada familia de *Grandes de España de primera clase*, queda una señora, a quien aquí llaman todos *la marquesa*, por ser la única hermana del último que llevó el título de *marqués*..., el cual se pegó un tiro en Francia cuando perdió al juego el último maravedí.

Los madrileños, que, aunque de buena familia y muy acomodados por su casa y por las carreras literarias o científicas en que habían sabido ganar honra o provecho, no pertenecían a la aristocracia de la sangre, ni frecuentaban los círculos esencialmente elegantes de la villa y corte, se miraron con extrañeza, como diciéndose que ninguna noticia tenían de aquellas catástrofes, algo añejas y no citadas en sus apuntes; y, en tal perplejidad, el más joven de los tres, o sea el llamado Guillermo, famoso ingeniero de Caminos y no menos célebre abogado, cabeza y alma de la expedición, por tener también mucho de poeta y de artista y ser el de carácter más vivo y enérgico, el más valiente, el más gastador y hasta el mejor mozo, arguyó de esta manera al Licurgo de aquel municipio:

—¡Pero bien! Si esa denominada *marquesa* no es tal marquesa, ni tiene aquí labradores ni fincas, ¿por qué la obedecen todos los electores como a señora de horca y cuchillo? ¿Por qué puede más que el Gobierno?

—¡Ahí verá usted!... ¡Cosas del mundo! —respondió el secretario bajando la vista y dándole vueltas a su sombrero hongo—. Yo mismo me he hecho esa pregunta muchas veces... Porque les advierto que no participo de la adoración que todos tienen aquí a la tal señora... Antes al contrario, creo que es digna de reprobación y desprecio, por la mala vida que ha llevado toda su juventud...

»¡Yo no soy hijo de este país, ni tan bárbaro como sus habitantes, aunque mi oficio de secretario del Ayuntamiento me obligue a contemporizar con innumerables sandeces!...

—¿De modo —preguntó Miguel— que la marquesa no es ya joven?

—¡Lo es... y no lo es!... Tendrá de treinta y cinco a cuarenta años... Pero, si he de hablar en verdad, se conserva muy hermosa. Pertenece a aquella clase de demonios con faldas que no envejecen nunca.

—¿Luego usted la conoce personalmente? ¿Ha estado usted en Madrid? —interrogó con aspereza Guillermo, al ver relámpagos de mala pasión y de falsedad en los turbios ojos del secretario.

—No, señor... —respondió éste—. Yo no he ido todavía a la corte... Pero la marquesa ha tenido que venirse a vivir aquí; y, si quieren ustedes visitarla y pedirle los votos del pueblo, yo los acompañaré y presentaré con mucho gusto... Es muy campechana, y no se desdeña de hablar con nadie, sea rico o pobre, tuerto o derecho...

—Pues ¿qué hemos de hacer sino ir a su casa, supuesto que la necesitamos y que no tenemos tiempo de pedir a Madrid cartas de recomendación para *su excelencia*?... —replicó Enrique con cierta ironía de muy mal género—. ¡Vamos ahora mismo!...

—Si les parece a ustedes... —observó el secretario—, lo dejaremos para mañana. La *marquesa* vive en el campo, a media legua de aquí, en un viejísimo caserón, rodeado de veinte o

treinta fanegas de tierra de riego y de un poco de monte, que le producirán diez o doce mil reales anuales, y que son el último resto de las grandes haciendas que ha poseído y derrochado... Mañana, de paso para la inmediata villa de..., podemos tocar en aquella especie de palacio encantado o humilde cortijo...; pues lo que es esta tarde no habría tiempo de ir y volver con día claro, ni sería cosa de quedarse allí, donde lo pasarían ustedes muy mal...

—¿Por qué?

—Porque la antigua millonaria no tendrá hoy tres camas decentes que ofrecerles..., ni cubiertos ni platos para la mesa...

—¡Pobre mujer! —exclamó Guillermo.

—Pobre... ¡porque ella quiere! —añadió el secretario—. ¡Otros recogen menos trigo, y viven mejor!... Pero, ¡es tan despilfarrada y manirrota, por condición natural y por costumbre, que gasta su diminuta renta en dar sopa boba a todos los pobres u holgazanes de la jurisdicción, en sacar de pila a cuantos niños nacen en... *sus estados*, en regalar cantareras y sartenes a las mozas que logran casarse, y en otras rarezas por el estilo!... ¡Con razón le pusieron... creo que en Madrid... el mote de «*la Pródiga*»!

—Pues, hombre..., ¡eso que hace ahora no es despilfarrar... —repuso el joven—, sino emplear muy santamente el dinero! Principio a explicarme la influencia de tal mujer en la comarca... ¿Hace mucho tiempo que vive en el cortijo?

—Hará tres años...

—Y... diga usted..., hablando aquí entre nosotros, como buenos amigos, ¿tiene... amores?

—Lo que es por acá, no los tiene... ¡Yo soy justo! Pero los ha tenido a docenas en Madrid, y en París, y en otras partes, desde que se divorció hasta que se arruinó, o sea durante la mitad de su vida. A la edad de dieciséis años se casó con un francés, que dicen la trató muy mal y tuvo la culpa del divorcio. Tres años después del casamiento, y cuando llevaban uno de separación, el marido, que era general de caballería, murió en la guerra de Argel... Por entonces falleció también el padre de doña Julia (que es como se llama la *marquesa*), dejándole la mitad de las tierras de este pueblo, y otras muchas fincas... no sé dónde..., creo que en Aragón; total, veinte millones de reales. Aquí

empieza un serie de viajes y aventuras que ni el diablo conoce... En la capital de esta provincia, que es donde yo he oído referir tales historias, cuentan que doña Julia tuvo relaciones con un lord inglés, capitán de fragata, a quien siguió a la India, donde el pobre hombre murió en desafío a manos de un barón alemán (por celos, seguramente); que luego se enamoró en Turquía de un príncipe moro, o griego, del cual se desprendió en Londres para irse a Rusia detrás de un cantante italiano muy famoso; que en Madrid dio mucho que hablar con dos diplomáticos, con el célebre torero T... y con un ministro de Fomento muy joven y sabio, que se volvió loco por ella; que, rumbosa y altiva como los hombres, nunca admitió de sus cortejos regalo alguno, sino que iba por todas partes tirando a puñados el oro, en festines, apuestas, raras compras y extravagantes donativos; y, en fin, ¡qué sé yo!..., ¡hasta se dice que en Roma tuvo la culpa de que un gran predicador capuchino, muy guapo, se hiciera protestante, y que, por resultas de aquel escándalo, la echaron de allí, y se fue con un poeta polaco a Viena, donde acabó de arruinarla un republicano húngaro muy jugador, a quien ahorcaron luego en Baden Baden!...

—¡Basta!, ¡basta, señor secretario! —interrumpió Miguel, riéndose, al ver el desconsolado rostro de Guillermo—. ¡Con la mitad de lo dicho sobra para que formemos juicio, no solamente de esa persona, sino también de la ciencia geográfica, de la imaginación andaluza y de la vida y milagros de usted!... ¡Quien de ese modo se explica, no debe de haber sido siempre fiel de fechos de un lugarejo!...

—¡Tiene usted mucha razón!... Yo nací para algo, y ya había sido paje de un obispo, cabo cartero de un batallón y cómico de la legua, cuando tuve que meterme a desempeñar secretarías... ¡Amigo!, me casé con una bolera que se quedó coja, ¡y me hundí! ¡A ver si ustedes triunfan en estas elecciones, y me emplean en una buena fábrica de tabacos, que es hoy toda mi ambición en el mundo!...

—Cuenta usted con ello... —respondió Enrique—. Y, por lo que respecta a la marquesa, mañana nos acompañará usted a su palacio campestre, supuesto que, según vemos, es ya una mujer arrepentida y tratable...

—¡Muy tratable y muy arrepentida! —respondió el secretario—. ¡Dijérase que toda la vida ha sido una santa! Desde que llegó aquí hace tres años, sin dinero y enferma, no ha hecho más que cuidar sus gallinas. El campo le ha devuelto la salud; y, si bien no está nunca alegre, cualquiera diría que es dichosa. Las personas, muy contadas, que conocemos aquí sus antiguas locuras, nos guardamos de referirlas, primero, por lástima, y, segundo, porque estos inocentes labriegos no nos creerían, y hasta serían capaces de arrancarnos la lengua, llamándonos ingratos y calumniadores... ¡Tiene tal don de gentes la marquesa! ¡Es tan guapa! ¡Infunde tanto respeto!... Yo mismo, cuando le hablo, que suele ser los días que viene a caballo a misa, creo que estoy delante de una reina... Mi mujer tuvo celos al principio; pero pronto se convenció de que doña Julia, no obstante ser hoy más pobre que yo, se da el mismo tono y me desprecia de igual manera que si fuese millonaria... ¡Demonio! ¡Si me hubiera conocido en mis buenos tiempos, cuando era yo segundo galán en Vélez-Málaga, y hacía el papel de don Luis Mejía en *Don Juan Tenorio*!

—Está bien... Está bien... Quedamos conformes... Hasta mañana, que iremos a visitar a la marquesa... —interrumpió Guillermo de muy mal humor, poniendo coto al entusiasmo de aquella mala persona.

Y, luego que el secretario se marchó y que los tres amigos se retiraron a la habitación en que la alcaldesa les había puesto tres tumbos por camas, exclamó el impresionable ingeniero:

—Amigos míos, ¿queréis creerme? ¡Más ganas tengo ya de conocer a esa *Tenoria*, que de ser diputado! ¡Por mucho que haya que rebajar en lo que nos ha dicho el antiguo cómico de la legua, todavía es indudable que mañana vamos a hablar con una mujer digna de estudio, de compasión y quién sabe si de alguna cosa más!...

—¡Hombre! —profirió Enrique—. ¡Te colocas a la altura del impertérrito *don Luis Mejía*! Lo digo, porque, en puridad de verdad, la *marquesa* que nos ha descrito ese bribón no pasa de ser una aventurera...

—¡Oh, sí! ¡Pero una aventurera del corte de Semíramis, de María Stuardo y de Catalina de Rusia, que ha gastado sus mi-

llones en divertirse, sin costarle ni un maravedí a ningún amante! —replicó Guillermo con su vehemencia acostumbrada—. ¡Prefiero esa figura moral a la de la *Dama de las Camelias* y demás *entretenidas* glorificadas por el arte moderno!

—¡Pues yo prefiero a todas esas señoras y señoritas una mujer de bien, rica, guapa y de carácter dulce y sufrido, de quien ser el primer novio y con quien casarme por la Iglesia!... —repuso Enrique, escalando su cama.

—¡Tú eres un egoísta y un cobarde... en materia de amores, se entiende, que sólo buscas lo útil y lo cómodo! —exclamó Guillermo, acostándose también.

—No, señor; lo que yo busco es la virtud, la ley, la moral... —contestó Enrique, arropándose.

—Pero ¿y el arte?, ¿y la poesía?, ¿y la belleza? —redarguyó Guillermo, arreglando las almohadas.

—¡La belleza!... ¡También hay mujeres honradas muy lindas!

—¡Y muy sosas!

—¡Mejor!

—¡Será mejor para ti! Yo amo lo extraordinario... Yo quiero lucha, emociones, pasión, vida del alma...

—¡Bonita alma tendrá doña Julia!

—¿Qué sabes tú? ¿Vas a juzgarla con el criterio del secretario? —prorrumpió el ingeniero, volviendo a atufarse.

—¡Maldita la gana que tengo de juzgarla de ninguna manera, sino de que nos dé muchos votos! —respondió Enrique, calándose hasta las cejas el gorro de dormir.

—Señores... se suspende esta discusión... —dijo Miguel, apagando la luz—. Mañana veremos y juzgaremos por nosotros mismos... —Entretanto, muy buenas noches.

III

EL CORTIJO DEL ABENCERRAJE

Serían las diez de la mañana siguiente, mañana deliciosísima de un seco y templado otoño andaluz, muy más bello y florido que todas las primaveras del mundo, cuando los tres candidatos, después de almorzar cosas muy sólidas, remojadas con

los correspondientes líquidos, salieron de aquel pueblo en dirección al cortijo del Abencerraje, o sea al *palacio de la marquesa*, precedidos de una comisión de la villa inmediata en que pensaban hacer noche, acompañados del pícaro secretario que conocemos y seguidos de muchos criados de caballería e infantería.

Estos últimos iban disparando tiros y cohetes, como para notificar a todas las aldeas, cortijadas y chozas de pastores de las cercanías, que por allí pasaban los futuros vencedores de la contienda electoral y posibles redentores de aquel pedazo de España, y, en tal disposición, entre vivas, cantos y polvareda, a eso de las once, penetró la alegre cabalgata en un diminuto y verde vallejuelo, desconocido por los geógrafos, donde parecía que la paz había fijado su domicilio.

¡Nada más risueño que la remota vista del caserón o palacio de dorada piedra, rodeado de viviendas rústicas y de pomposos árboles y parras, que servía de retiro a doña Julia! ¡Nada más gracioso que el endeble río que cruzaba el valle en toda su longitud, entre elegantes alamedas y apretados cañaverales! ¡Nada más pintoresco y rico de promesas que aquellas hazas de maíz de color de esmeralda, contrastando con las pardas tierras ya barbechadas para la sementera próxima y con los agrios riscos que circuían tan reducido y variado paisaje!

—¡Cuánto más bonito es esto que la Puerta del Sol y que el salón de conferencias del Congreso! —exclamó el ingeniero poeta, dirigiéndose a uno de sus camaradas—. ¡Vive Dios, que ya no le tengo lástima a la marquesa Julia! ¡Se diría que vamos viajando por un cuadro de Haes! ¡Decididamente, no hay delicia mayor sobre la tierra que la vida del campo!

—¡Lo mismo dicen de la vida de Madrid los que no suelen gozar de ella! —contestó Enrique.

—¡Puede que sea cierto; pero yo estoy ya harto de gozarla!... ¡Mal haya sea la corte con todos sus encantos artificiales!

—¡Allí viene a darnos el *quién vive* el tío Antonio, el capataz de su excelencia! —profirió la irónica voz del secretario, como para distraer a Guillermo de aquellas ideas bucólicas, tan contrarias a su propia ambición de comerse el tabaco oficial—. ¡Trátenlo ustedes con mucho mimo, pues es un antiguo ser-

vidor de los difuntos marqueses o «de cuando la casa era casa», como acostumbra a decir santiguándose; ha visto nacer a doña Julia; cree que ha sido siempre una santa; la considera tan millonaria y tan marquesa como a sus ilustres progenitores, «cuyos estados no tuvieron límites conocidos...» (también textual), y a él será a quien hoy encargue la noble dama de hablar a todos los electores de la jurisdicción!...

El *tío* Antonio, respetuoso y respetable viejo, cuya inteligente fisonomía, rústico traje y limpias canas traían a la memoria célebres escenas del teatro de Calderón y de Tirso, acercose, sombrero en mano, a los tres madrileños, y, enterado de lo que pretendían, púsose al frente de aquel alborotado y ruidoso escuadrón, y los condujo a la que llamó *casa grande*.

Carneros, bueyes, palomas, gansos, cerdos, y, por último, gallinas y pollos, fueron encontrando nuestros viajeros, según que se acercaban al caserío del cortijo... Cacareaban las gallinas a aquella hora, que es la clásica de *poner*, y piaban gorriones y alondras, robándoles la comida sin escrúpulo alguno.

Toda aquella riqueza, y la hortaliza nacida o sembrada, y el trigo que pudiese haber en el granero, representarían cuatro cuartos, o sea de diez a doce mil reales de renta, como había dicho el secretario la tarde anterior; pero eran bastantes a aumentar la envidia de Guillermo, por lo mismo que el bravo mozo no se sentía con fuerzas para renunciar a las nuevas glorias mundanales con que soñaba y que le hacían ir de aldea en aldea buscando el camino de la tribuna política.

Llegaron al fin los tres amigos al nobiliario caserón. Sus acompañantes se quedaron en la anchurosa vivienda del *tío* Antonio, situada en el piso bajo, y el viejo servidor, seguido de los candidatos y del fiel de fechos, comenzó a subir la destrozada escalera de granito que conducía al principal.

Melancólico por todo extremo era el antiguo palacio. Dondequiera que se posaban los ojos, no se veía más que ruinas del pasado esplendor, en muebles rotos e inservibles, en artonados incompletos, en enormes puertas, faltas de muchos cuarterones, y en las partidas losas del pavimento, que se estremecían y quejaban al ser pisadas por los *vivos*, perturbadores y profanadores de tanta muerte...

Después de recorrer dos galerías, que en otro tiempo tuvieron cristales, el capataz indicó a los viajeros que aguardasen en una antesala muy espaciosa, adornada con un gran escudo heráldico de negruzca piedra, pero donde no había ni tan siquiera sillas en que sentarse; y él pasó a anunciar, o más bien a explicar, a su ama aquella ruidosa y estupenda visita. El secretario, que iba detrás de los elegantes y apuestos jóvenes, a fin de *presentarlos*, estaba lleno de veneración y asombro... Conocióse que nunca había entrado allí, ni visto casas nuevas ni viejas por aquel estilo.

Volvió a comparecer el *tío* Antonio, y dijo a los forasteros que pasaran al *salón*, adonde muy luego llegaría la señora.

El salón era vastísimo, y tenía algunos muebles. En mitad del testero principal, sumamente largo y desmantelado, había un vetusto sofá de roble con hermosas tallas, forrado hacía poco tiempo con humilde tela, y ocho sillones de espetado y angosto espaldar, formando todo ello un estrado o aprisco, tapiado de vieja y rica alfombra. Encima del sofá veíase un gran marco sin lienzo, de donde sin duda habían arrancado algún retrato, y sobre la monumental chimenea campeaban un reloj parado en las seis, cuatro floreros y dos colosales candelabros, de hierro y bronce las siete piezas, y muy roídas por el óxido. El resto de la estancia estaba desmueblado y sin alfombra ni estera, como espacio sobrante para las ceremonias de una casa que había venido tan a menos.

Nuestros amigos, y muy singularmente el soñador discípulo de Urania, comenzaron a participar allí de la reverencia del secretario a la noble y decaída vivienda rural de los extinguidos marqueses de...; y, ya se habían mirado más de una vez con aire de conmiseración a tantos estragos de la mudable fortuna, cuando se abrió la puerta que comunicaba con los aposentos interiores, y apareció la *Pródiga*.

IV

LA SEÑORA MARQUESA

Absortos y como vencidos por su interesante y soberana figura quedaron los tres madrileños. Ni la sencillez con que es-

taba vestida y peinada, ni la exquisita naturalidad con que los saludó y les invitó a sentarse en los anticuados sillones, al propio tiempo que ella ocupaba el centro del sofá, ni el tono llano y gracioso con que les pidió perdón de haberles hecho aguardar unos minutos, «a consecuencia (fueron sus palabras) de acabar de hundirse tres peldaños de la escalera de la torre, donde se hallaba echando de comer a sus tórtolas, cuando los vio asomar por lo hondo del valle, y de donde habían tenido que bajarla a puñados»; ni, en fin, la ingenuidad y lisura con que desde luego les dijo: «Supongo que ustedes andan de elecciones...», fueron parte a que dejaran de ver inmediatamente en la noble dueña del cortijo a la antigua dama elegante, a la mujer del gran mundo acostumbrada a dominar, a la diosa que había esclavizado tantos y tantos corazones...

Figuraos a la Venus de Milo, no de piedra, sino de carne, y llegada a los treinta y siete años de edad; figuraos una mezcla de Margarita de Valois, relegada por su abochornado marido al castillo de Usson, y de María Antonieta, presa en la Conserjería; figuraos todos los encantos y grandezas femeniles anulados por la desgracia; una belleza inútil y como póstuma, que parecía artística urna de un espíritu muerto; una cesárea majestad sin súbditos; una suprema distinción sin galas; una munificencia olímpica sin dinero, y todavía no habréis formado idea de la hermosura, de la elegancia y del poderío señorial que habían sobrevivido a los millones y a los entusiasmos de aquella mujer. Naciera menos orgullosa o digna, y aun reinara en el mundo con la sola eficacia de sus hechizos...

Hablamos así, porque quizás era entonces más bella y seductora que nunca... Sus grandes ojos negros y su incitante boca debían a las pasadas contiendas de amor no sé qué expresión de infinito deleite, que ni el mismo arrepentimiento podía ya borrar... Dijérase que el dios-niño, tantas veces alojado en aquellas pupilas y en aquellos labios, había dejado en ellos un reflejo inmortal de sus miradas y de sus sonrisas. Las mismas languideces de otoño que se revelaban con suave livor en sus voluptuosas ojeras y con vaga melancolía en los donaires de su gesticulación, aumentaban la tentadora gracia de aquella Eva sin Paraíso ni familia, de aquella Magdalena sin remordi-

mientos, cuya jubilación y penitencia nada habían tenido de voluntarias... Pero estaba visto que el orgullo de raza suplía en ella por la virtud, y que, imposibilitada de pecar como sus iguales, no quería prostituirse como sus inferiores. Todo el problema de quien en aquel destierro aspirase a su amor consistiría, pues, en averiguar si Julia lo consideraba o no igual a sí misma.

Vestía, la que para ser marquesa y grande de España de primera clase sólo necesitaba pagar al Estado los derechos de la carta de sucesión, una sencilla y clásica bata azul turquí, muy parecida a un hábito religioso, y llevaba cuello y puños lisos, más blancos que la nieve, y que de seguro se había puesto después de echar de comer a las tórtolas y de ser *bajada a puñados* de la torre... ¡Envidiables puñados, y felices los labriegos que intervinieran en la operación! Decímoslo sin malicia sensual y por puro amor a la estatuaría; pues es lo cierto que nunca habrá cincelado el Creador mujer de tan acabadas y ricas proporciones como las que dejaba adivinar la bata o túnica. Era, no lo olvidéis, la Venus de Milo de carne y hueso; y por nada entra en el presente homenaje el que tuviese además una historia de facilidades más que mitológicas, capaz de encender la cabeza de un santo, bien que no la de un artista como nosotros...

Sin embargo..., Guillermo era también artista, y miraba con muy pecaminosa delectación de simple mortal a la retirada heroína de amor, al mismo tiempo que deploraba el que semejante prodigio de belleza hubiese de envejecer en aquel desierto, lejos del culto de los hombres y de la envidia de las mujeres. No debió de oscurecérselo a tan experimentada deidad la admiración que causaba al gallardo ingeniero; pero supo hacerse la desentendida, fingiendo oír con gran interés las majaderías que había ya comenzado a ensartar el secretario, y cuando éste hubo concluido su discurso, en que elogió grandemente a los tres aspirantes a la diputación, y sobre todo a Guillermo, la *marquesa* se echó a reír, y dijo, procurando mirarlos por igual, sin distinguir a uno más que a otro:

—¡Pues, señor, no me creía yo tan influyente en el pueblo vecino!... Pero, cuando el secretario lo dice, será verdad. ¡Así

acontece siempre en el mundo! Si me hubiera propuesto tener esa influencia, no la tendría: no he aspirado a ella, y se me mete en las manos. Lo celebro en el alma, ya que se han molestado ustedes en venir a verme; y, partiendo del principio de que sea cierto y efectivo mi poder, tengo el gusto de decirles desde ahora que «están servidos». Secretario: mi capataz, el *tío* Antonio, se pondrá a las órdenes de usted, y yo misma iré al pueblo pocos días antes de las elecciones y diré lo conveniente a cuantos se me acerquen, como de costumbre, a la salida de misa. Conque hablemos de otra cosa, señores... Supongo que me otorgarán ustedes el favor de quedarse a comer conmigo...

—¡Imposible, señora! —se apresuró a responder Enrique, de miedo a que Guillermo aceptara—. Hemos almorzado hace muy poco, y tenemos que llegar cuanto antes a la inmediata villa, donde nos aguarda mucha gente...

—Como ustedes quieran... —replicó naturalísimamente la ex millonaria—. Sólo les aconsejo que no rehúsen mi convite por miedo de ponerme en un compromiso; pues desde luego me curo en salud, diciéndoles que no habría vasos de cristal para todos ni cubiertos de plata para remudar muchas veces... Pero yo gusto de beber en jarra de búcaro de esta provincia, y lo que es jamón, gallinas, pollos y pichones, hay de sobra por la presente; y si no, el *tío* Antonio me prestaría de los suyos; pues es mucho más rico que yo... en matanza y en aves, por la fuerza de voluntad que tiene de no probarlas nunca... ¡Siempre estoy entrampada con él en veinte o treinta gallinas, no obstante la prisa que me doy a criarlas! Conque ¿se resignan ustedes a hacer penitencia con esta humilde labradora?

—La persona de usted, marquesa —interrumpió Miguel, movido del mismo temor que Enrique—, bastaría para que su comida campestre nos pareciera un festín de Lúculo. Pero tenemos que marcharnos...

—Es decir... —murmuró Guillermo, saliendo de la especie de arrobo con que miraba a Julia—: ¡podemos disponer de siete horas de día para llegar a la villa inmediata, que apenas distará de aquí una legua!...

—Sin embargo, tenemos que marcharnos... —repitieron Miguel y Enrique, poniéndose de pie simultáneamente.

—¡Ah, qué fastidio! —repuso el ingeniero con verdadera angustia y sin moverse de su sillón—. ¡Estoy tan cansado!... ¿Por qué no os vais vosotros, y mañana saldría yo a vuestro encuentro? ¿No es verdad, señora marquesa, que puedo disponer ampliamente de la franca hospitalidad con que usted nos brinda?

—¡Es claro!... —respondió Julia con mal encubierto desvío y muy herida por aquel atrevimiento—. Pero no quisiera dar ocasión a que usted desertase ni por una hora de la batalla electoral... Por consiguiente, siga usted la suerte de sus camaradas de armas... Si ellos se quedan, como deseo, quédese usted, y descansará, sin que nadie lo perturbe ni incomode... Mas, si ellos insisten en que no pueden quedarse, elévese usted a igual altura de heroísmo, márchese también como bueno, y ¡Dios les asista a todos en la refriega!...

—Cedo ante la mayoría... —suspiró Guillermo, levantándose muy humillado y disimulando su dolor bajo una sonrisa galante—. Pero conste, señora, y dígnese usted recordarlo si quiera todo el día de hoy, que yo habría renunciado con gusto a vencer en las elecciones, con tal de sentarme a su mesa y ver a usted beber agua en la jarra de búcaro... ¡Hubiérame parecido estar mirando a la hermosa y activa Juno, familiarizada con la sencillez pastoril en el monte Ida!

—¡Ah!... ¡Usted es poeta! —exclamó Julia afablemente, como para despigarlo.

—Un poco artista, señora... —respondió Guillermo con humildad y gracia—. ¡Lo bastante artista para no poder olvidar nunca el día de hoy!

La *Pródiga* sonrió levemente, y dijo, levantándose:

—También *nosotros*... —permítame usted esta manera cómica de hablar—, hemos amado las bellas artes, cuando andábamos por el mundo... Por consiguiente, acuérdesse de mí, si alguna vez visita las Galerías de Escultura del Vaticano, o el Museo Borbónico de Nápoles. ¡Nápoles!... —suspiró enseguida melancólicamente.

—Ya los he visitado... —contestó Guillermo, mirando de hito en hito a la aristócrata—. Conozco a las Venus y Minervas del cincel griego..., y, aún así y todo, no vacilo en decir que nin-

guna maravilla artística llega, ni en mucho, a los prodigios naturales...

—*Nosotros* admiramos también a la naturaleza... —replicó tristemente Julia—, aunque no mucho a la naturaleza humana... Pero, ¡Jesús!, los tengo a ustedes de pie, y les estoy haciendo perder un tiempo precioso. Muy buen viaje, señores, y que triunfen en su empresa y lleguen los tres a presidentes del Consejo de Ministros...

Así diciendo, los despidió con una profunda y glacial reverencia, único rasgo ceremonioso de gran señora que se le advirtió en toda aquella entrevista.

Enrique tuvo que coger del brazo a Guillermo para hacerle apartar de Julia los ávidos ojos, hasta que al fin logró sacarlo del desmantelado aposento en que ella se quedaba sola y esquivada como sepulcral estatua de sí propia.

V JOSÉ

Pocos momentos después, los tres amigos montaban a caballo en el patio de la casa, no sin haberse enterado antes de que el *tío* Antonio había obsequiado grandemente a toda la comitiva (inclusas las bestias), por orden y cuenta de la señora.

Cuando ya iban a echar a andar, repararon nuestros jóvenes en que un arrogante y gallardo campesino, de dieciocho a veinte años de edad, muy bien vestido al uso de su clase y montado en un hermoso mulo, los saludaba cortésmente, quitándose el sombrero, como pidiéndoles permiso para acompañarlos.

—Es mi José... —atrevióse a decir entonces el *tío* Antonio, presentándosele a nuestros amigos—. Ya que por mis años y mis ocupaciones no voy yo con ustedes, me permitirán que vaya mi hijo único...

—Es José... —murmuró epigramáticamente Enrique al oído de Miguel, metiendo espuelas.

—Es José..., ¡el de la Biblia!..., ¡el de la capa!... —dijo luego Miguel al oído de Guillermo, poniendo también su caballo al trote.

—¡Estáis muy equivocados! —exclamó éste con mal humor, alcanzándolos fuera ya del cortijo—. ¡Os digo que no conocéis el mundo, ni el corazón de las mujeres! ¡Ni José es *José*, ni yo renuncio a volver a ver a la *marquesa* antes de que dejemos este país! Vosotros no os habéis parado a considerar la horrible tragedia que palpita en el corazón de esa estatua... Hoy tiene treinta y siete años de edad y una historia de goces y sufrimientos sin límites, y todavía pueden quedarle otros treinta y siete años de vida sin historia, de tedio, de fastidio, de un martirio lento y monótono, como los que discurrió Dante o soñó la Fábula... En fin: yo voy a hablar con José desde aquí hasta la villa; y, si las cosas que me cuente no contradicen la idea que tengo formada de esa mujer, no extrañéis que esta noche o mañana os abandone por algunas horas, para venir a hacerle otra visita con cualquier pretexto.

—¡Mayor de veinticinco años eres! —exclamó con disimulada envidia el grave Enrique—. Procura no dar un escándalo que nos perjudique a todos; y, en lo demás, ¡celebraré que te diviertas!

—¡Y se divertirá! —añadió por lo bajo el calmoso Miguel—; pues *nosotros...*, o sea *nos*, o sea *yo*, *hemos* observado que a la *señora marquesa* no le ha parecido mal *nuestro* Guillermo. ¡Cuidado si influye en la suerte del hombre la forma de la nariz! ¡Si yo no fuera chato, me habría dedicado a héroe de novela, en vez de dedicarme a burlón, y esta noche haría morir de risa a doña Julia!...

Enrique, a quien iba dirigido este discurso, contestó desazonadamente:

—¡Pues lo que es a mí, no me ha gustado la señora!

—Lo que no te gusta a ti... —replicó Miguel— es la buena estrella de Guillermo. Tú, mi querido Enrique, eres envidioso.

—Y tú un egoísta, enemigo del género humano...

—Pero enemigo alegre, dado que me contento con reírme de él... Yo soy de la madera de Diógenes.

A todo esto, la comitiva salía ya del vallecillo, sin que Guillermo hubiese visto asomada a la *marquesa* a las ventanas del caserón ninguna de las veces que miró hacia allí con tal esperanza...

Entonces se acercó a José, y le habló aparte en estos o parecidos términos:

—Dime tú, buen mozo: ¿cuándo entras en quintas?

El robusto mancebo se puso más encarnado que la grana, al verse obligado a echar el habla del cuerpo delante de tan distinguida persona; abrió la boca dos o tres veces sin producir ruido alguno, como cañón de órgano falto de aire, y, por último, acertó a decir premiosamente:

—Entraré dentro de año y medio; pues en la Candelaria he cumplido los dieciocho. Pero, si me toca la cédula, la señora me libraré.

Esta ingenua revelación pareció a Guillermo prueba evidente de la inocencia de José. Oyola, sin embargo, con celos o envidia, por la seguridad que implicaba en el cariño y protección de la *marquesa*, y continuó interrogando cáusticamente:

—¿Ella te lo ha dicho, o tú te lo figuras?

—Ella me lo ha dicho más de una vez...

—Según eso, habláis con frecuencia...

—¡Toma! Casi todas las mañanas; y, de fijo, todas las tardes, al oscurecer, cuando vuelvo del campo; y, por supuesto, todas las noches, después que mi madre le sirve la cena...

—Y... ¿de qué habláis... por la noche? —preguntó capciosamente el ingeniero, no en virtud de sospechas propias, sino por darse la satisfacción de oír refutar las ajenas.

—¡Qué cosas tiene el señorito! —exclamó el rozagante labriego, poniéndose otra vez muy colorado y riéndose con malicia—. ¿De qué quiere usted que hablemos? Pero ¡vaya!, se lo diré con franqueza, visto que tiene gana de oírme, para distraerse y matar el tiempo... La señora y yo solemos hablar de... amores...

—¡Hola! —repuso Guillermo, brincando sobre los estribos—. La señora y tú...

—Sí, señor... —respondió José, riéndose más fuertemente que antes; pero ya, no con malicia, sino con imbecilidad—. ¡La señora me aconseja que quiera a Brígida; y yo le digo... que no puedo quererla!

El madrileño respiró, como si le quitaran de encima un asno que se hubiese caído sobre él, y prosiguió su interrogatorio en esta forma:

—Sepamos ante todo quién es Brígida...

—Brígida... —contestó el Adonis del cortijo del Abencerraje— es la hija única del mulero; una muchacha bastante guapa, aunque más amarilla que la cera (pues tiene no sé qué enfermedad que dicen que se quita casándose), de quien están enamorados todos los mozos de la jurisdicción...

—Y ¿por qué no la quieres tú como los demás?

—Porque... porque... ¡Seré franco! Porque al hombre que, como yo, habla todos los días con la señora, no puede gustarle ninguna otra mujer... ¡Buena diferencia hay entre Brígida y doña Julia!

Guillermo volvió a alarmarse, o más bien se indignó, al oír aquella impertinente salida del apuesto y zafio destripaterrones.

—¡De modo... —arguyó sarcásticamente— que tú estás enamorado de la señora!... Y, dime: supuesto que tu padre es rico, y la pobre ha venido a menos, ¿por qué no te casas con ella?

—¡Quite usted allá, hombre! —exclamó el cortijero, lleno de terror—. ¿Quién habla de semejante sacrilegio? ¿Se enamoraría usted de una reina? ¿Pensaría usted en casarse con una santa de las que sacan en procesión? ¡Pues lo mismo es para mí la señora!

—¡Perfectamente respondido, José! —se apresuró a contestar, muy avergonzado, el impresionable ingeniero—. ¡Te he hecho esa pregunta por oírte! ¡Demasiado comprendo que lo que tú sientes por la señora es admiración, respeto, reverencia!...

—Yo no sé cómo se llaman las cosas, pero sí sé lo que me pasa por dentro... —expuso el mozo con verdadera unción—. Quince años había yo cumplido cuando la señora marquesa se vino a vivir a su palacio... Desde que la vi, desde que oí el metal de su voz, desde que conocí lo buena y caritativa que era, ¡Dios me perdone!, creo que quise menos a mi madre, y que hasta le perdí devoción a la Santa Patrona de esta comarca... En fin, si doña Julia me dijera que matara a... cualquiera que fuese..., ¡a todo el mundo!..., crea usted que lo mataría; y si me mandara tirarme por un tajo, me tiraría sin rechistar, ¡como éstas son cruces y hay Dios en los cielos! Y tiene usted explicado mi cariño.

—¡Bravo! ¡Bravo, José! ¡Tú eres todo un hombre! —dijo Guillermo, envidiando la inocencia de aquel bárbaro, como antes había envidiado las culpas amorosas de que le supuso reo.

—¡Mire usted! —prosiguió el fanático, con creciente ímpetu—: es tanto el aquel y la ley que yo tengo a la señora, que, cuando me habla, casi nunca me entero de lo que dice, pues su voz me entra por los oídos haciéndome cosquillas en todo el interior del cuerpo, y siento un hormigueo en la sangre y un zumbido en la cabeza, como si estuviera borracho... Ella lo conoce, y se muere de risa, haciéndome burla, hasta que, después de repetirme mucho las cosas, consigue que la entienda. ¡Oiga usted, otra señal de la estimación y el respeto con que la miro!... Hoy, cuando ustedes llegaron a la casa, se habían hundido tres escalones de la torre, donde estaba la señora, y yo tuve que bajarla en brazos... Pues bien, caballero, créame usted: al sentir el peso y la suavidad de su persona; al oler la esencia de flores que despiden sus brazos, con los cuales rodeó mi cuello; al verme dueño y señor de tan divina hermosura, aunque fuera por un instante, y oír sus alegres risotadas sobre mi cabeza, sentí una cosa..., que estuve para morirme de gusto y felicidad... Y ¡cuidado que la señora pesa como un plomo!...

Guillermo había vuelto a amostazarse. ¡Estaba escrito que cada nuevo discurso de José le hiciese cambiar de humor y de sentimientos! Pero esta vez predominó en el espíritu del artista y poeta no sé qué febril curiosidad poco noble, y, acercando más y más su caballo al mulo del empecatado labriego, preguntó bajando la voz:

—Dime... ¿Y ella? ¿Te quiere mucho? ¿Te paga esa adoración que le tienes?... ¿Te besa alguna vez?...

—¿Quiere usted callar, señorito?... ¡Besarme la señora!... —murmuró el corpulento joven con gran indignación, amortiguada felizmente por el instintivo arrobo que le produjo la misma idea que condenaba.

—¡Es verdad!... ¡Tú ya eres un hombre!... —se apresuró a añadir Guillermo, temeroso de haberse enajenado la confianza de José y de que aquella embriagadora conversación no pu-

diera seguir adelante—. Dime... —le interrogó después, para distraerlo—. ¿Y la hermosa Brígida? ¿Sabe que no la quieres mucho?

—¡Vaya si lo sabe! —respondió el presumido patán—. Y la prueba es que su tía, con quien mi madre trató nuestro casamiento, acude en queja a la señora, para que la señora me regañe a mí, porque no voy a ver a la *Descolorida*, que es como aquí llaman a mi supuesta novia...

—Por consiguiente... ¡ella te quiere a ti!...

—¡Más que a su alma, aunque me esté mal el decirlo!...

—Oye, José... —profirió Guillermo, al cabo de algunos instantes de silencio, alargando al petulante rústico un disforme cigarro—. ¿Qué hace de noche doña Julia? ¿A qué hora se acuesta?

—La señora marquesa duerme poco... —respondió el campesino, encendiendo el cigarro al revés—. Después de cenar, habla un rato con mi padre y conmigo sobre las cosas del campo o sobre Brígida, y al fin se queda sola..., cuando apenas habrán pasado dos horas de noche. Mientras dura el buen tiempo, o sea desde abril hasta octubre, si hace luna, se pasea por la huerta y por un antiguo jardín que lindan con la casa; y, si no hace luna, se sienta al balcón o en la azotea, y se pasa horas y horas pensando en sus asuntos, hasta cerca de la madrugada, que se encierra en su cuarto. En invierno, así que nos retiramos nosotros, que es a las siete de la noche, se pone a leer al lado de la gran chimenea del salón que usted ha visto, y se está allí seis u ocho horas mortales, sin compañía alguna... ¡De modo, señor, que da lástima y miedo, cuando uno se levanta a las dos o las tres de la noche, a echar pienso a las bestias, ver luz en sus balcones, y pensar que una mujer tan guapa y tan virtuosa, todavía en la flor de la edad, está sola y despierta en aquel salón tan grande, como un alma del otro mundo, o como una enterrada en vida!... ¡Y todo por haberse casado (según dicen) con un bribón que, después de haberla tratado muy mal, la dejó completamente arruinada... para lo que es su clase!

—De manera... —dijo Guillermo, empalmando la conversación por el punto más conveniente a sus propósitos— que,

hallándonos, como nos hallamos todavía, en el buen tiempo, y siendo hoy el plenilunio, esta noche pasará la señora por la huerta y por el antiguo jardín...

—Puede usted jurarlo... ¡Allí la encontraré yo cuando vuelva al cortijo, después de dejar a ustedes acomodados en la villa inmediata!

—Y dime, José, ¿serías tú hombre de guardar un secreto que le interesa a tu ama?

—¡Le he dicho a usted que soy capaz de hacerme matar por ella!

—Pues bien: yo desearía hablarle esta noche, sin que nadie lo trasluciese. Con tal objeto, al oscurecer, me fingiré malo en la villa, y diré que me voy a acostar, dejando a mis amigos entenderse con los electores... Tú me aguardarás en las afueras con mi caballo y tu mulo; y yo me escaparé, como pueda, de mi alojamiento, y nos volveremos juntos al cortijo del Abencerraje, adonde llegaremos dos horas después de oscurecido. Me introducirás en el jardín, o en la huerta, y le dirás a doña Julia, o le diré yo, si desde luego la encuentro allí, que tengo que hablarle de un asunto reservado y urgente. Terminada mi entrevista con tu señora, montaremos otra vez a caballo, y me acompañarás a la villa, donde mañana por la mañana nadie sabrá mis aventuras de esta noche... ¿Cuento contigo para llevar a cabo este plan?

—Espere usted que lo piense... —contestó el rústico, quitándose el sombrero y rascándose la cabeza.

Y, a fe que debió pensar mucho y muy deprisa, pues a los pocos momentos exclamó:

—¡Yo creo que haría usted una obra de caridad casándose con mi señora!...

Guillermo lo miró asombrado.

—¡Es tan buena, y vive tan sola la pobre! —continuó José—. ¡Ni la crea usted tan pobre como solemos decir! ¡Todavía saca del cortijo, entre unas cosas y otras, más de una fanega de trigo diaria! Y ¡mire usted que una fanega de trigo tiene pedazos de pan! ¡Así da tantos al año a los menesterosos! Ella está alimentada con una friolera... Huevos, legumbres, patatas, leche y puchero son todo su regalo. Los pollos y el jamón los repar-

te entre las paridas y otros enfermos, y, a veces, les da hasta las gallinas, y tiene que comprar huevos a mi madre para su consumo... ¡Conque ya ve usted que es un buena proporción para un caballero que quiera vivir tranquilo con una mujer honesta y guapa como ninguna y que no le cueste ni dos cuartos!

—¡Doña Julia no me querría a mí; ni es de eso de lo que yo tengo que hablarle!... —respondió Guillermo muy turbado—. Déjate, pues, de cábalas, que demuestran tu buen corazón y el cariño que tienes a tu señora, y respóndeme a la pregunta que te hice antes.

—Yo, caballero... —contestó José, volviendo a rascarse la cabeza—, haré lo que usted me diga; pues mi padre me ha encargado que los atienda a ustedes y complazca en todo y por todo... ¡Únicamente le pido a usted, por los clavos de Cristo, que no me comprometa a ayudar a nada que pueda perjudicar a la señora marquesa!

El claro instinto de aquella alma sencilla y generosa, revelado en el vago y remoto son de amenaza que acompañó a tan humilde súplica, conturbó más y más a Guillermo, el cual tuvo que mirar hacia otra parte para responder al hijo del *tío* Antonio:

—Descuida, José, descuida... ¡Yo soy un hombre de bien! Conque... ¡lo dicho! Cuando lleguemos al pueblo, arreglaremos el medio de escaparnos esta noche. ¡Que no le cuentes nada a nadie! Ahora... voy a hablar un rato con esos electores, para que no entren en sospechas...

Pronunciadas estas palabras, metió espuelas a su caballo, y se incorporó a Miguel y Enrique.

Dejémosle con ellos, y retrocedamos nosotros al cortijo del Abencerraje.

VI

RESONANCIAS DE LA VIDA

Serían las siete de aquella noche, cuando la *Pródiga*, sentada delante de rústico velador, en una glorieta cubierta de verde emparrado, hacía como que cenaba, por no disgustar al *tío*

Antonio y a su mujer, que le habían preguntado ya dos veces si estaba indispuesta.

La luna, llena y esplendorosa, asomaba en aquel momento sobre los altos árboles que servían de cerca al que fue jardín del palacio, y su fulgor melancólico comenzaba a amortiguar el de un velón de Lucena colocado sobre el velador.

—¡Pues lo que es esto va vucencia a probarlo! —dijo la anciana esposa del capataz, presentando a Julia una fuente de leche migada—. ¡Hasta ahora no ha cenado más que en el nombre, y al mediodía no comió nada! ¡Se conoce que las visitas de esta mañana le han despertado a vucencia tristes recuerdos!

La *marquesa* se sonrió; tomó algunas cucharadas de leche, y, levantándose para que no le instara más la *tía* Francisca, dijo al capataz:

—Paseemos un poco... La noche está muy buena... ¿Conque decías, mi buen Antonio, que el del traje azul se llama don Guillermo de Loja, y que es ingeniero, abogado, y hasta pintor?

—Sí, señora: el más guapo de los tres es todo eso, según me explicó el secretario —contestó el campesino, siguiéndola a un paso de distancia.

—Y... ¿son casados, o solteros nuestros futuros diputados a Cortes? —interrogó poco después la *Pródiga*, aparentando indiferencia.

—Solteros los tres, y ricos... —se apresuró a contestar el viejo servidor.

—Yo no me enteré de nada cuando me los presentó el pícaro fiel de fechos... —añadió ella, bostezando fingidamente—. ¡Me disgusta tanto oír hablar a aquella mala persona! Dime: ¿y crees tú que don Guillermo saldrá diputado?

—¡O salen los tres, o no sale ninguno! Lo digo, porque forman una sola candidatura... —respondió el viejo, desfigurando esta última palabra—. Pero, según me ha asegurado el secretario, saldrán los tres.

Julia se quedó pensativa, hasta que, después de una pausa, exclamó tristemente:

—¡Me alegro! ¡Vayan con Dios! Antonio, ayúdales todo lo que puedas, y gasta cuanto sea menester y tengamos. ¡Más han hecho ellos en venir a buscarme que yo hago en favorecer su

natural ambición!... ¡Ese don Guillermo será ministro!... Tiene cara de hombre de genio...

—¡Sí que parece persona de poco aguante y de malas pulgas! En los breves momentos que anduve con la cabalgata, conocí que era el verdadero jefe de la expedición... Por cierto que mi José..., vestido con su ropa de los domingos...

—Puedes retirarte, mi querido Antonio... —interrumpió la *marquesa*, volviendo de otra profunda distracción—. Hasta mañana. Que descanses.

—Hasta mañana, si Dios quiere... —contestó el viejo, besándole la mano—. No tome vucencia mucho relente, que ya están las noches húmedas. Tres días faltan para el de San Francisco, y ya se barrunta el *cordónazo*... Quiero decir, que va a llover muy pronto; ¡y bien lo necesitamos para sembrar!... El cielo haga que este año...

Rezando así, fue alejándose el *tío* Antonio, hasta que penetró en la casa, acompañado de su hacendosa mujer, que iba cargada con el velón y con los avíos de la despachada cena.

Julia se quedó sola y sentada en medio del jardín, donde había algunos bancos rústicos, rodeados de grandes matas de dondiegos de noche en flor, por ser aquella la encrucijada de cuatro calles y haber existido allí otra glorieta en mejores tiempos para la *familia*.

El 1.º de octubre, en Andalucía, cantan aún los ruiseñores cuando hace luna, y en los olmos de la inmediata huerta había muchos nidos de ellos... Trinaban y gorjeaban, pues, en aquel instante los trovadores del amor, y su dulce y apasionada música se mezclaba en el sereno ambiente con el blando y continuo murmullo del agua siempre insomne de una rota fuente de mármol, que parecía en tan romántico paraje la lengua de la soledad contando pasadas alegrías... Sonaba, en fin, al otro lado de los negros olmos, el vago rumor del rápido y pedregoso riachuelo, remedando el estruendo del distante mundo; y aquellas combinadas voces lánguidas y expresivas, que hablaban única y directamente con la *Pródiga*, pues ninguna otra persona podía allí escucharlas ni entenderlas, sumergieron a la desgraciada en tan hondo piélago de amargura, que cruzó las manos y se las llevó a la boca, como si fuera

a rezar... Pero sólo pudo gemir, y esto... brevísimos segundos y con demasiada altivez o fiereza.

Ningún alivio debió de reportar a su corazón aquella congoja, pues, en vez de dar señales de consuelo, la antigua deidad alzó los ojos hacia la indiferente luna, y sonrió con acerba ironía, como acusándola de inconstancia, traición y olvido.

Serenose luego poco a poco, y su sonrisa acabó por convertirse en burlona. Algo como un cuidado de aquel día o de aquel momento animó y despejó su semblante; y, levantándose con gallardo y resuelto ademán, se dirigió a la puerta, llegó a la parte por donde la derruida tapia lindaba con el camino, y se puso a escuchar, con el oído al viento, no sin decir antes, primero a media voz, y después para sí misma:

—Mucho tarda José... ¡De seguro me trae alguna embajada del candidato de las malas pulgas, que diría Antonio; si ya no es que el mismo don Guillermo viene a verme beber en la jarra de búcaro! ¡Esta mañana me miraba de una manera que conozco demasiado! ¡Todos los hombres que me han dirigido miradas semejantes... han perdido por mí la vida o el alma!... Y, ¡cuánta, cuánta pasión hay en la suya!...

Por aquí iba en su monólogo mental la proscrita diosa, cuando oyó a lo lejos pisadas de caballerías que avanzaban al trote...

—¡José no viene solo...! —se dijo en el acto, llena de pavor—. ¡Otro jinete, cuando menos, cabalga con él, y no en mulo, sino a caballo!... ¡Ah! Ya voy teniendo oído de cortijera... ¡Ya siento venir al lobo a gran distancia! ¡Ahí está otra vez el HOMBRE, mi constante enemigo..., mi fatalidad!... ¡Pero no!, ¡no lo será esta vez!

Pasaron tres o cuatro minutos.

El acompasado son de las dos cabalgaduras se aproximaba rápidamente...

—¡Pobre ingeniero! —pensó entonces Julia, encaminándose al jardín—. ¡Cómo se conoce que está acostumbrado a tender puentes sobre los abismos! ¡Con qué valor y resolución viene a buscarme! ¡Infortunado!

La más hidalga compasión pintose en el rostro de aquella mujer sin ventura, que, por lo visto, no era ninguna vulgar y

vil pecadora; y, llegado que hubo a la florida encrucijada en que antes gimió desconsoladamente, se preguntó con lealtad y entereza:

—¿Qué hago, para librarme de él y para que él se libre de mí? ¿Lo recibo, y lo desengañó? ¿O me niego a recibirlo? Mejor es esto último... ¡Así, ni el presuntuoso conquistador, en los primeros instantes de una entrevista, ni esos pobres campesinos, fundándose luego en apariencias, supondrán cosa alguna en contrario a lo que es y ha de ser cierto!...

En virtud de tales reflexiones, Julia penetró en la casa; llamó al *tío* Antonio, y le dijo:

—José está llegando..., y con él viene otra persona, que podrá ser el don Guillermo que me visitó esta mañana... En tal caso, dile que, no sintiéndome buena, me acosté a prima noche, y que es imposible pasarme recado. Si pretendiere quedarse a dormir en el cortijo, niégate a ello, alegando que tienes orden de no consentir nunca a nadie pernoctar en mi finca. En fin: procura que se marche inmediatamente... inmediatamente...

El *tío* Antonio se inclinó con profundo respeto, y tomó el camino del portal.

Julia regresó en el acto al jardín, y, una vez en él, cerró la gran puerta que lo ponía en comunicación con el patio, y fue a sentarse en la emparrada glorieta que conocemos, esclarecida ya tan sólo por la apacible luna...

¡Inútil victoria acababa de alcanzar sobre su imaginación y sus sentidos la valerosa desterrada! En aquel mismo instante vio que dos hombres penetraban en el jardín por el lado de la huerta, y oyó la voz de José, que decía:

—¡No sé cómo no hemos tropezado ya con la señora!... Sin duda no ha bajado esta noche... Espérese usted aquí, mientras voy a buscarla por la casa...

—Aquí aguardo... —respondió el otro hombre, en cuya varonil y vibrante voz y alta y gallarda figura reconoció Julia a Guillermo.

La *Pródiga* no se movió, por miedo a ser oída y por considerar también muy difícil que la viesen en aquella penumbra que formaban los enverjados y pámpanos en la glorieta.

José penetró en la casa; y Guillermo, después de vacilar algunos segundos, comenzó a pasearse... ¡oh fatalidad!, en dirección al emparrado...

No tardó, pues, en descubrir a la escondida castellana. Lanzó, al verla, una leve exclamación de alegría: quitose el sombrero; y, avanzando hacia ella reverentemente, le dijo en actitud no menos humilde que lo hubiera sido una genuflexión:

—¡Perdóneme usted, señora!... ¡Perdóneme usted!

VII

UNA MUJER QUE SE CONOCÍA A SÍ MISMA

—¿Qué he de hacer sino perdonarle? —respondió Julia, riéndose con melancólica indulgencia—. ¡Estaría escrito que volviéramos a vernos! Siéntese... —añadió enseguida, mostrándole una silla de hierro que había cerca de la suya—. Ya contaba yo con que volvería usted esta noche, y la prueba es que había dado orden en la casa de que le dijeren que estaba indispuesta y durmiendo y no podía pasárseme recado, así como de que le prohibieran a usted pernoctar en el cortijo...

—¿Será verdad? —exclamó Guillermo con admiración y cierto júbilo—. ¡Usted me *esperaba!*...

—No, señor... Yo *temía* que usted viniese...; y bien claro lo demuestran las referidas órdenes dadas a mi capataz...

—Para el caso es lo mismo... ¡Usted lo *temía!*... Y ¿por qué? ¿Por qué temerlo?... —repuso el joven con dulzura, acercando su silla a la de la *marquesa*.

—Lo temía por usted más que por mí... —respondió ella sin moverse—. Ni crea que hay fatuidad e impertinencia en esa adivinación de que usted *vendría!*... Por el contrario: hay gran humildad de mi parte, o, más bien, conciencia perfecta de mi desventura...

—Ruego a usted que se explique... —murmuró Guillermo, dominado por la triste solemnidad de aquellas palabras.

—Fácil es la explicación... —replicó ella con acento más llano y tranquilo—. Conozco a los hombres, sobre todo a los extraordinarios y notables como usted, acostumbrados al éxito y

a la lisonja, y sé que necesitan ver doblarse ante ellos toda cabeza que se haya inclinado ante otros.

—Marquesa, juro a usted...

—Déjeme concluir antes de jurar, no sea que luego se arrepienta de haber jurado en falso. En cuanto a lo del *marquesado*, sepa usted que no he sacado el título... Llámeme, pues, *señora* o *Julia*... Y vuelvo a mi discurso. Podrá resignarse un conquistador a que los fuertes de voluntad o profesión no le rindan pleito-homenaje; pero a los débiles de oficio o de fama no los releva nunca del tributo de su servilismo... ¡Porque es necesario no ser menos que el héroe anterior! ¡Es necesario ufanarse, ya que no de una tan sencilla victoria, de haber pisoteado los costosos laureles ajenos!... Usted me miró y me habló esta mañana, no como hubiera hablado o mirado a la mujer más hermosa del mundo, de quien nada desfavorable supiese, sino como se miran, en una almoneda de curiosidades históricas, las cosas que *fueron* caras... Digo más: usted no habría venido a buscarme esta noche sin contar de antemano con mi renombrada flaqueza... Por lo tanto, señor don Guillermo, usted ha procedido en todo y por todo como el invasor que, yendo a la conquista de plazas fuertes, no se para a tomar y castigar la aldea indefensa que ve a un lado del camino, y desde la cual no le han hecho señales algunas de sumisión, sino que pasa de largo, por no perder un tiempo precioso en empeño tan insignificante... Pero he aquí que, un poco más allá, sorprende la noche a los expedicionarios en despoblado y lloviendo... Recuerda entonces nuestro héroe la pobre y silenciosa aldea que se quedó atrás, cuyo aspecto no era del todo desagradable; y, dejando acampadas sus tropas a la intemperie, retrocede con su escolta en busca de aquel alojamiento, diciéndose, o diciendo a sus ayudantes: «Allí pasaré mejor la noche que a campo raso, y, de camino, sabré por qué esta tarde, al divisar mi victoriosa bandera, no echaron las campanas a vuelo, como de seguro las echarán esta noche...». Francamente, mi buen amigo, ¿no tiene todo esto visos de verdad?

—¡No, señora! —respondió gravemente Guillermo, contemplando con admiración y lástima a la terrible maestra de amor, que tan amarga idea tenía del corazón humano—. ¡No,

señora! Yo no he pensado ni sentido nada de eso; pero, aunque tales hubieran sido hasta ahora mis ideas respecto de usted (cosa que niego rotundamente), ya habrían cambiado al oír las palabras que acaba usted de pronunciar. Si usted me concede, como ha dicho, alguna más estatura que al vulgo de los hombres, admita que pueda haber adivinado, desde que la vi, y aun antes de verla, sólo por lo que de usted *se refiere*, que es una mujer superior y excepcional, más o menos infortunada, digna de los complicados sentimientos que aquí me han traído esta noche. Y ahora que la conozco mejor, pues acabo de medir toda la extensión de su prodigioso talento, crea que nadie la habrá respetado y admirado tanto como este pobre *vencido* por los encantos de usted, a quien usted ha llamado *conquistador* y otras muchas cosas irónicas y crueles...

—¿De modo... —interrogó vivamente Julia, aunque sin dejar de sonreírse— que a usted le habían ya referido mi historia cuando vino a verme esta mañana? ¡Nada más natural; y lo celebro mucho, con tal de que no se hayan enterado de ella las buenas gentes de este cortijo, para quienes soy y siempre he sido una santa! Debo, sin embargo, advertir a usted que nadie sabe aquí ni en Madrid mi verdadera historia, grotescamente desfigurada por la dramática imaginación del vulgo, o por la mala fe de algunas enemigas mías; lo cual no quita que sea muy cierto que he tenido cuatro amantes después de la muerte de mi marido, como pudiera haber tenido otros cuatro esposos... Pero, en fin, no trato de disculparme... ¡Me interesa, por el contrario, convencer a usted de que efectivamente he sido tan liviana y tan loca como cuentan de mí los hombres de bien y las mujeres honestas! Y no le digo que estoy arrepentida, porque la palabra *arrepentimiento* suena muy mal en labios de los encarcelados... y de todos los que no tienen ya posibilidad de delinquir a su gusto y manera... ¡Yo no dejé de volar, hasta que me faltaron las alas, o sea *dinero propio*, único de que saben valerse mis manos!... Conque, doblemos la hoja, y volvamos a hablar de usted..., cuya felicidad me interesa más que la mía: ¿Tendrá la dignación de decirme a qué ha venido a buscarme de nuevo; en qué puedo serle útil,

o qué linaje de... *favor* se le ha ocurrido a usted hacer a esta desgraciada?

Guillermo frunció las cejas, y no respondió. Tenía demasiado ingenio para dejar de comprender que no era posible contestar dignamente a aquellas abrumadoras preguntas.

—¡Ese silencio es leal y caballeroso, y dice también mucho en pro de la ternura de su alma!... —se apresuró a añadir la *Pródiga*—. ¡No me responde usted, porque acaba de darse cuenta de que no sabe *qué quiere o debe querer*, tratándose de una pecadora por mi estilo!... ¡Es claro!... —profirió luego con exquisita burla—. ¡Usted no conocía más que mi cara y mi historia, y ahora empieza a sospechar que tengo también un resto de alma! ¡No se fatigue buscando explicaciones o disculpas!... Yo discurriré por usted, sincerándole al propio tiempo y justificando el que, dentro de un rato, noble y valientemente, coja el sombrero, me salude y se marche, como le suplico que lo haga, a fuer de persona de buen gusto, antes de caer en la tentación de entablar vulgares demandas, indignas de usted y de mí...

El discretísimo y sabio Guillermo estaba estupefacto y hasta corrido de vergüenza...

¡No aguardaba él habérselas, ni nunca se las había habido, con mujer de aquel fuste! Pero descubrir nuevos méritos y hechizos en lo que se desea no es el mejor camino para dejar de desearlo... Aguantó, pues, la adversidad de la situación; dejó caer la frente sobre una mano, y esperó a que los propios argumentos de Julia le suministrasen razones en que fundar su comprometida causa.

—Una de tres cosas —prosiguió diciendo ella— ha podido usted proponerse al venir a verme de un modo furtivo, dando que hablar en daño mío a sus compañeros de viaje y escandalizando un poco a estos mis servidores del cortijo, que tanto me respetan...; y esas tres cosas pueden formularse así: ser mi esposo, ser mi amante, o pedirme hospitalidad por una noche... ¡Poco hay que decir para descartar el primer supuesto!... Ni usted había de pensar en casarse con una mujer de mi edad y de mis antecedentes, ni yo me prestaría a tal disparate, aunque usted me lo suplicara de rodillas. ¡Todo sería amargo y ri-

dículo en semejante matrimonio..., y yo prefiero la muerte a causar la amargura ajena o a soportar la ridiculez propia! Vamos al segundo supuesto... Acabo de cumplir treinta y siete años, y usted podrá tener veinticinco...

—Tengo veintiséis...

—Lo mismo da... ¿Cuánto tiempo sería yo su querida de usted sin pesarle como una carga ignominiosa? Concedamos que cuatro años, ¡y es demasiado conceder! Tendría usted entonces treinta, y, naturalmente, pensaría en casarse, en establecerse según las leyes del mundo y de la misma naturaleza, en crearse una familia antes de la vejez, en tener hijos, en pertenecer dignamente a la sociedad. Nos separaríamos, pues, de buen o mal grado. ¡Sería de buen grado, atendiendo a que yo sabría sacrificarme!... Pero ¿y luego?, ¿qué sería de mí? Mas no es esto lo que debo preguntar, sino «¿y entretanto?...». Quiero decir: ¿Y durante nuestros amores? ¿Dónde viviríamos? ¿En la corte, o en el cortijo? ¿En la corte a expensas de usted, siendo yo quien soy y habiendo vivido allí como una reina; o en el cortijo atajando la brillante carrera del ingeniero, del abogado, del político, frustrando acaso su porvenir, dando lugar a que lo adelantasen sus rivales y émulos? Y, de un modo o de otro... (permítaseme inquirirlo también, supuesto que usted no será ningún tremendo egoísta...), ¿qué haría yo cuando nos separáramos? ¿Me quedaría ya el recurso de vivir aquí, rodeada de la estimación de antiguos servidores, que hoy me creen calumniada por la maledicencia? ¿Podría gozar de la paz y el reposo que van penetrando en mi alma después de tres años de castigo? En fin: yo... que, por la presente, en mi gran infortunio, tengo siquiera el consuelo de decirme que no me ha abandonado ningún amante, ¿he de emprender a mi edad una nueva campaña, de la que fijamente saldría repudiada y escarnecida, por vieja y estéril, y como infamante y pesado estorbo? ¡No, mil veces no!... Pero veo que me excito demasiado... —añadió la *Pródiga*, riéndose convulsivamente y poniendo una mano de nácar sobre el hombro izquierdo del joven, como si temiera caer insultada—. Prescindamos de lo imposible y absurdo, y hablemos del tercer supuesto... ¡Hablemos del idilio de una sola noche con que ha soñado usted únicamente al venir a buscarme!...

—¡De ese idilio hablaré yo! —exclamó Guillermo con soberana arrogancia.

Y su bello y varonil semblante ostentó la aureola de una verdadera pasión, demasiado tiempo reprimida...

Julia retiró su mano del hombro del joven, y le contempló con admiración y orgullo, como a un adversario digno de ella, fuese cualquiera el resultado de aquel combate...

—Todo lo que ha dicho usted será verdad... —continuó el apasionado ingeniero—, pero hay otra verdad superior a cuanto pudiéramos aducir para separarnos como dos seres extraños el uno al otro... ¡Y esa verdad es eterna; es la realidad misma que estamos tocando; es usted; soy yo; es la peregrina hermosura que debe usted al cielo; es esta ansia que me devora de darle mi ser y mi vida, de llevarme sus hechizos dentro del alma, de tener la gloria de decir que Galatea se ha dignado ser criatura mortal en premio a mi adoración de artista!... Yo no soy responsable de las desventuras de usted... ¡Yo no la hubiese hecho tan desgraciada!... ¡Yo no tengo la culpa de esas dificultades que se oponen a que nuestras existencias se unan para siempre, aquí, o en otro paraje del mundo!... Yo no sé más sino que un día de mi atediada juventud, cuando desconfiaba de encontrar aquí abajo la belleza suprema, la gracia inmortal, la *alma Venus* de los antiguos, me he encontrado a usted, arrumbada y desconocida ya por el amor, en la soledad de un cortijo, al modo de las estatuas que yacieron ocultas siglos y siglos bajo las cenizas del volcán, hasta que un viñador descubrió a Pompeya... ¡Yo no sé más sino que, al verla a usted en este desierto, tan hermosa, tan distinguida, tan infortunada, he sentido una honda conmiseración que casi me ha hecho llorar de dolor y espanto, únicamente de pensar en que iba a dejarla a usted aquí, sola, triste, pobre, sin esperanza ni consuelo, como náufraga arrojada por el mar a una isla desierta, como el trágico soldado de nuestro siglo en el solitario peñón donde murió sin amor ni gloria!... Yo no sé más sino que la adoro; que nadie nos mira; que todo es amor en nuestros ojos y en nuestra sangre, y en este jardín, engalanado con las últimas flores del año, y en esta noche deleitable y tranquila, y en esa luna complaciente y discreta, que nada con-

tará al envidioso mundo, pero que nos recordará siempre a nosotros una hora de inefables delicias... ¡Julia! ¡Julia! ¡No piense usted! ¡No se oiga!... ¡Sienta y olvide como yo!... ¡Julia! ¡No rechace usted tanta pasión como rebosa de esta alma que se desvive por la suya!

—¡Usted me conoce... y, porque me conoce, me habla así!... —exclamó la *marquesa*, poniéndose de pie—. ¡Pero yo también me conozco!... Usted no me tiene lástima; ¡pero yo sí me la tengo!... ¡Una hora!... ¡Una noche!... ¡Qué bello idilio! Y después de esa noche..., ¿qué? ¡Ah! Sí... ya caigo... El silencio de la discreta luna, tal vez un durable recuerdo de la imaginación de usted, allá en el mundo, entre las glorias y esplendores de Madrid, en los mismos brazos de su futura esposa..., y ¡nada más!, ¡nada más, como no fuera la noticia de mi muerte, que acaso no llegaría usted a saber!... ¡Famoso plan, en que usted no tendría de qué avergonzarse ni arrepentirse!... Pero, ¿y yo? Tres años, largos como tres eternidades, llevo de convalecencia moral; tres años de dignidad relativa; tres años de acomodarme al bien, a la castidad, al estudio y mejoramiento de mi espíritu; tres años de escuchar bendiciones que van sanando las úlceras de mi conciencia, que van cicatrizando las heridas de mi corazón... Y ¿qué me propone usted? ¡Ah! ¡Usted, desconociendo que es más inicuo atajar en la senda del arrepentimiento a una pecadora que seducir a una virgen, y aspirando al mezquino triunfo de estorbar que vuelva al redil la oveja descarriada, me propone cínicamente que, en una noche, en una hora, con el primer desconocido que cruza por aquí, desande todo lo andado, desgarré las cicatrices de mi alma, destruya el edificio de mi rehabilitación, y luego me quede otra vez sola, para volver a emprender la subida de Sísifo desde lo hondo del abismo hasta la cumbre!... ¡Una hora... una noche de engañar a cielos y tierra, diciendo al ave de paso que soy *suya*, y quedarme después aquí, abandonada de nuevo por el amor, encendida todavía la cara de pasión y bochorno, pensando más en mi vilipendio que en mi dicha!... Mas ¿qué digo una hora ni una noche?... —prorrumpió finalmente la mujer, sobreponiéndose a la dama, y en ademán de alejarse—. ¡Insensato! ¿Cree usted que a mí se me deja?

¿Cree usted que, si no se marchase ahora mismo, se marcharía mañana? ¿Qué sabe usted entonces quién soy yo..., ni qué es amar!

—¡Julia!... —exclamó Guillermo, poniéndose de rodillas, y atajando con sus abiertos brazos la puerta de la glorieta, para que la terrible cuanto conmovida *Pródiga* no huyese de él—. ¡Julia!... ¡Yo haré lo que usted quiera!... ¡Yo no me marcharé jamás!... ¡Yo volveré! ¡Yo la amaré a usted mientras viva! Porque ¿dónde he de encontrar una mujer como usted?

—¡Es que yo quiero que usted se marche y no vuelva! —respondió Julia con altanería—. ¡Yo no miento ni finjo nunca! Le he dicho a usted sinceramente cómo soy y cómo siento, a fin de que no se precipite en la sima de mi propia debilidad... Y ahora le declaro, para satisfacción de su amor propio, y a fin de que me recuerde sin despecho ni cólera, que, no tanto por lástima de mí, sino por lástima de usted, no han repetido ya mis labios aquellas preciosas palabras, que tan bien sonaban en los suyos, de que todo es amor en este jardín, en esta noche y en esa luna..., a lo cual yo habría podido agregar: «y en esa expresiva cabeza, semejante a la de lord Byron...». Conque ¡adiós!, ¡adiós para siempre!

—¡Julia!, ¡piedad de mí! —balbuceó Guillermo, poniéndose de pie y tendiendo hacia ella los brazos.

—¡Ya la he tenido con lo que acabo de decirle!... —respondió Julia, mirándole con tal majestad de raza y de carácter, que el joven no se atrevió a llegar a su persona—. ¡No sea usted desagradecido, y márchese sin ofenderme ni ofenderse a sí propio! Voy a llamar a José para que lo acompañe.

—¡No me marchó, Julia!... —pronunció el joven con entereza—. ¡Nada me ofrecen la vida ni la ambición, que valga ni remotamente lo que usted! Me quedo aquí para siempre...

—Me marcharé yo en ese caso, a donde usted no pueda verme ni oírme... —replicó ella con frialdad—. Y, de todos modos, voy a llamar a José, para que le disponga habitación en casa de su padre. Buenas noches, caballero.

—¡Julia! ¡La admiración que siento por su alma, tanto como por su belleza —dijo Guillermo muy sentidamente—, y mi profundo dolor de no poder librarla de pesares que me afli-

gen más que si fueran míos, no se merecen la crueldad y el desdén con que usted me despide!...

—¡Repito a usted que es un ingrato! —contestó Julia con severidad y ternura maravillosamente aunadas—. ¡Algún día reconocerá usted el favor que le hago esta noche!

—¡Piensa usted, según eso, que no he de volver! —exclamó el joven con decisivo y doloroso acento—. ¡Cómo se engaña y cuán mal me conoce! Yo soy hombre de pocos, pero muy tenaces empeños; de pocas, pero muy profundas afecciones. La amo a usted como si la hubiera tratado muchos años..., ¡y volveré, señora, volveré, cuando ya haya pasado algún tiempo de mi regreso a Madrid, para que usted no considere pasajero capricho la pasión que hoy desdeña con tanta ceguedad!

—No vendrá usted, Guillermo...; de lo cual me alegraré muy mucho... —respondió Julia en son amistoso y afable.

—¡Vendré, señora!... —repuso él con reconcentrada energía, como si fuese su propio corazón el que hablase—. ¡Vendré; y mi primera palabra será pedirle a usted la mano de esposa!... ¡Yo no entiendo de esas sumas y restas de años que hacía usted hace poco! Téngome por más viejo que usted; sin contar con que los jóvenes... pueden también morir... o matarse...

—¡Márchese usted! —contestó lúgubrememente la *marquesa*, cerrando los ojos con desesperación.

Guillermo dio un paso hacia ella, comprendiendo que ya le hacía justicia, o sea que ya no dudaba de la solidez de su afecto...

—¡Márchese usted, digo! —repitió Julia sin cambiar de actitud, pero más resuelta y definitivamente—. ¡José! ¡José! —gritó a continuación, encaminándose hacia la casa—. ¡Alumbra! ¡Ensilla!..., que se marcha este caballero...

Pero, llegado que hubo a la encrucijada en que había algunos asientos rústicos, no pudo ya con su emoción, y se dejó caer sobre uno de ellos.

Al mismo tiempo, José apareció entre los árboles que separaban el jardín de la huerta.

—¿Ha dicho la señora que ensille? —preguntó desde allí el discreto mozo.

—No... ¡Julia!... ¡diga usted que no!... —suplicó Guillermo, cruzando las manos.

—¡Que ensilles te he dicho! —respondió Julia valerosamente—. Y hazlo pronto; que este caballero quiere marcharse en el acto...

El mozo desapareció.

—¡Cruel! —dijo Guillermo, lleno de enojo y de amargura. Ella guardó silencio, y se enjugó una lágrima.

Pasaron algunos minutos, al cabo de los cuales el joven, que por lo visto sentía una verdadera pasión, desoyó los gemidos de su amor propio, y se acercó a su adorada, diciéndole:

—¡Julia!... me voy... ¡Un beso! ¡Nada más que un beso! Y ¡hasta la vista!

La *Pródiga* se irguió arrogantemente, y exclamó, rechazando al condolido amante:

—¡Temerario! ¡No se piden caricias al incendio! ¡Su lengua de fuego abrasa, aniquila, consume todo lo que toca!...

Y, hablando así, huyó hacia la casa, a punto que José salía de ella anunciando que las cabalgaduras estaban ensilladas.

Guillermo y Julia se despidieron, pues, ceremoniosamente a presencia del mozo, y a los pocos instantes caminaban juntos ambos enamorados de la *Pródiga*, en dirección al pueblo en que Miguel y Enrique se habían quedado conquistando electores.

VIII

DOS VENCEDORES Y UN VENCIDO

Habían pasado tres semanas.

Guillermo, Enrique y Miguel eran ya diputados a Cortes, gracias a la continua movilidad y sumo denuedo con que habían rechazado las arbitrariedades y violencias de su antiguo amigo el gobernador, quien, a última hora, y aunque los creía candidatos naturales y legítimos, tuvo que combatirlos a muerte, en virtud de órdenes superiores... a su conciencia.

Nuestros amigos, de regreso en la capital de la provincia desde la noche anterior a la en que nosotros volvemos a en-

contrarlos, estaban alojados triunfalmente, y a puerta abierta, como lo exigían las circunstancias, *en las habitaciones principales de la mejor fonda*, donde aún no habían conseguido descansar ni un solo momento de tantos y tantos días de cabalgar, echar discursos, apretar manos, trabucar nombres, sonreír, prometer, dar las gracias y archivar notas...

Y era que los electores más influyentes, o más visibles y fogueados en aquella y otras campañas, los habían seguido hasta allí, según costumbre, desde sus remotas villas y aldeas, re-sueltos a no dejarlos *hasta el último momento*, o sea *hasta verlos arrancar* en dirección a la corte; placer honrosísimo que los tres madrileños no querían retardarles en modo alguno...; por lo que ya tenían acordado *arrancar* aquella misma noche en el tren de las cuatro de la madrugada.

—Pues ¡hasta luego!... —dijeron veinte o treinta veces por cabeza, desde las once y media hasta las doce, aquellos héroes de diferentes campanarios, al ver que los futuros legisladores se iban desnudando uno por uno y metiéndose en la cama—. ¡Antes de las dos estaremos aquí, y llamaremos a ustedes, para que tengan tiempo de ir a la estación! Conque... ¡a descansar, y acuérdense de lo dicho!

Principiaron, en fin, a marcharse; pero, a lo mejor, volvía a entrar alguno, de puntillas, como el *Don Basilio* de la gran ópera bufa, y, llegándose a cualquiera de las tres camas, decía:

—¡No hay que fiarse de ese que acaba de salir! ¡Es un farsante! ¡Él no ha hecho nada en aquel pueblo!... ¡Yo lo he hecho todo!

Y, cuando este que *todo lo había hecho* tornaba a irse, regresaba a su vez el llamado *farsante*, mirando a izquierda y derecha, y decía exactamente lo propio de su paisano y pariente o amigo.

No quedó al fin ninguno en el salón-alcoba, y entonces nuestros fatigados protagonistas cerraron y atrancaron puertas y ventanas y se permitieron lanzar varias exclamaciones de ingratitud y alegría, que nosotros, a fuer de buenos liberales, omitiremos en la presente relación.

—¡A Madrid!... —exclamó, por último, Enrique, resumiendo en esta mágica frase todo su triunfo y alborozo.

—¡A Madrid! —repitió Miguel con menos entusiasmo—. Tú dices eso, como quien grita: «¡Viva la libertad!»; pero es porque no reparas en los compromisos que llevamos a costas. Las notas de que van llenos nuestros bolsillos son otros tantos obstáculos que nos estorbarán en la senda de la ambición, del patriotismo y de la gloria... ¡Si yo vuelvo a salir diputado, lo seré cunero!

—Celebro oíros hablar de este modo... —dijo tristemente Guillermo desde su cama—, pues me proporcionáis ocasión de observar que el único pueblo de que no ha habido aquí esta noche *representante* ni *petionario*; el único que no nos ha presentado la cuenta de los gastos de elección; el único que no nos ha impedido descansar hoy ni nos despedirá dentro de pocas horas al pie del estribo, es aquel a que pertenece el cortijo del Abencerraje... Y, sin embargo, ¡ya habéis oído lo que personas extrañas, y hasta enemigas de elogiar otros servicios que los suyos, acaban de contarnos acerca del comportamiento del *tío* Antonio!

—¿Habla usted de mi pleito? —interrumpió Enrique—. ¡Cada loco con su tema! ¿Para qué necesitaba el tal lugarejo más representante o panegirista que tú? ¡Díganos vuestra merced cuánto es su trabajo!

—¡No le quemes la sangre, Enrique! —dijo Miguel, anticipándose a las reconvenciones de Guillermo—. Confiesa, como yo, que la *Pródiga* se ha portado nobilísimamente, y que, en definitiva, le debemos nuestra elección. ¡Por veinte votos de mayoría hemos vencido en esta ruda y gloriosa batalla, y pasan de ciento los que aquella hermosa mujer nos ha proporcionado! Para ello, según acabamos de oír, el *tío* Antonio, el inocentísimo José y todos los labriegos del cortijo del Abencerraje han estado ocho días a caballo, recorriendo otros cortijos y varios pueblos, comprometiendo votos, proporcionando bagajes a los viejos e impedidos, gastando un dineral en comilonas y refrescos, y hasta corrompiendo un poco..., nada más que un poco, el famoso cuerpo electoral... ¡Cerca de mil duros dicen que le hemos costado a la pobre *señora marquesa*; esto es, casi su renta de dos años, que se ha servido adelantarle el *tío* Antonio! En fin, señores, la mejor prueba de lo mucho que ha

trabajado en nuestro obsequio la castellana de la bata azul, es que el pícaro secretario de la jurisdicción no se ha atrevido a venir a vendernos la fineza de que en su pueblo nos hayan votado, como sabéis que lo han hecho, hasta los niños recién nacidos y los fieles difuntos. ¡Propongo, pues, un voto de gracias a nuestra gran electora!

—Yo se las doy a Guillermo... —repuso Enrique—, pues por él, y no por nosotros, ha realizado doña Julia esos milagros..., de que ya estaba cobrada con anterioridad...

—¡Enrique! —gritó el ingeniero—. ¡Te tengo dicho que no admito bromas en ese punto! Si yo cometí una imprudencia y di un escándalo, regresando aquella noche al cortijo del Abencerraje, para salir de él chasqueado y corrido de vergüenza, a vosotros os toca ayudarme a rehabilitar, siquiera en esto, a la infortunada que tan gallardamente nos ha complacido. ¡Por mi honor os juro que desdeñó hasta mi mano de esposo, y que desde aquella noche no he vuelto a tener noticias suyas! Ella misma habrá prohibido al deshonrable secretario venir a vernos; y, sin la casualidad, verdaderamente rara a mi juicio, de habernos contado unos electores las hazañas de otros, ésta sería la hora en que ignoráramos a quién debemos en realidad nuestro triunfo. Por consiguiente, creo, mi querido Enrique, que harías mucho mejor en escribir a tu bienhechora dándole las gracias, que en discurrir donaires a su costa.

—Según eso... —repuso el implacable Enrique—, ¿ya le has escrito tú?...

—¡Todavía no! —contestó gravemente Guillermo—. Pero le escribiré en cuanto pueda.

—¡Lo siento en el alma!

—¿Por qué?

—Porque te estimo mucho, y me duele ver que no se aparta de tu imaginación una mujer que, digas lo que quieras, sólo merece lástima y...

—¡No concluyas la frase, si te interesa nuestra amistad! —replicó Guillermo con acritud—. Ten presente que se trata de una persona con quien no me he casado porque ella no ha querido, y con quien todavía me podré casar mañana o el otro...

—¡Pues, entonces, callemos, y no vuelvas a hablarme nunca de esos amores! ¡Así, ni yo tendré que disfrazar mis ideas a un amigo querido, cuya felicidad me importa mucho, ni correré el peligro de reñir con él!

Tal dijo Enrique, y se arrojó como para ver de conciliar el sueño.

—¡Habla conmigo cuanto quieras, Guillermo del alma! —expuso, en cambio, el calmoso Miguel—. A mí me agradó también extraordinariamente aquella distinguidísima hembra... Así, pues, cuando le escribas, ponle memorias. Y luego, en Madrid, siempre que quieras, hablaremos de tan gentil persona... ¡Digo!, ¡porque supongo que te vienes con nosotros a la corte, en lugar de volverte al cortijo!...

—Con vosotros me voy... —respondió amargamente Guillermo—. ¿Qué más se puede pedir a un hombre enamorado con toda su alma, como yo lo estoy de Julia?

—Dices bien: ¡eres un héroe! Pero no lo serás mucho tiempo, pues todos conocemos a Madrid, y sabemos lo que allí les pasa a los heroísmos llevados de provincias. ¡Todos se hielan al llegar el invierno! Allí se ven las cosas de distinta manera que en el campo, y podrá acontecer que, en cuanto bebas las aguas del Leteo llamado *Lozoya*, no vuelvas a acordarte de esa especie de *Venus en Santa Elena*... ¡No te enfades!... Lo de *Venus* lo digo solamente por la parte de divinidad y de hermosura. En Madrid te aguarda aquella interesante brigadiera de los ojos lánguidos, cuya berlina seguíamos en la Castellana, y que ya principiaba a hacerte caso cuando nos vinimos a buscar votos... Allí te aguardan también el *debut* parlamentario; los laureles de la tribuna; la levita larga del legislador; la cartera de Fomento, colocada en lo alto de una cucaña; el empeño de amor propio y de dignidad por cogerla; la entrada en el mundo aristocrático, o de la sangre azul, que tanto te ha fascinado siempre; las bodas posibles con marquesitas nuevas e intactas, que añadan una corona nobiliaria a tus coronas de encina y un par de castillejos ruinosos y de majuelos de señorío a los miles de duros que ganas prosaicamente como hombre de la clase media ilustrada... En fin, chico: Madrid es Madrid, y allí estudiaremos mejor que en parte alguna a tu ex rei-

na cortijera de treinta y siete años de edad... Conque ¡buenas noches, pichón!

Tal habló aquel taimado, y se arropó también para dormirse.

Guillermo se mordió los labios, conociendo que estaba vencido *de hecho*, aunque él supusiera que no *de derecho*, y se abstuvo de responder ni una sola palabra. Pero, cuando vio que sus compañeros dormían profundamente, levantose sin hacer ruido, se puso la bata, pasó al inmediato salón, y contestó a aquellos crueles discursos... escribiendo la siguiente epístola...

IX

«A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA JULIA DE ***
—PARTIDO DE ***—TÉRMINO DE ***—
CORTIJO DEL ABENCERRAJE

»Mi adorada amiga:

»Con esta primera frase he dicho ya, en resumen, todo lo que es usted para mí y todo lo que yo soy para usted.

»Sigo yo amándola con locura y creyendo que mi mayor felicidad sería vivir y morir a su lado en ese delicioso retiro, gozando de los tesoros de su bondad, de su belleza y de su talento, y usted (que equivocadamente ve en semejante unión mi desgracia, más bien que la suya, y que, si algo teme para sí, es no poderme hacer dichoso toda la vida) continúa demostrándome la hidalga amistad con que desde luego me alejó de su lado y se negó a contraer conmigo lazo ni compromiso alguno.

»Quiero decir, señora, que he sabido los grandes esfuerzos y sacrificios que ha hecho usted en las recientes elecciones, hasta conseguir mi triunfo y el de mis compañeros; ¡mi triunfo, por cuyo medio ha querido usted, sin duda, poner alas a mi ambición y a mi soberbia, impelerme más y más hacia Madrid, lanzarme en la vertiginosa vida política, alejarme indefinidamente de su persona, tratar de borrarla de mi imaginación, suprimirse, en fin, heroicamente en el horizonte de mi existencia!...

»Me someto, magnánima Julia, o más bien someto mi entrañable amor, a la prueba en que usted ha imaginado vencer siendo vencida.

»Dentro de pocas horas salgo para Madrid, y dejaré pasar algún tiempo antes de volver a escribir a usted, o sea antes de decirle, como lealmente le diré, de quién va siendo la victoria: si de su amistad o de mi amor. Si mi amor vence, como no dudo, ¡obligación y cuidado será de la noble amistad de usted no dejarme toda la vida en garras de la desesperación que hoy me consume!...

»Ruego a usted, queridísima Julia, que, en tanto llega ese día de inefable misericordia, me escriba, siquiera una vez, diciéndome que ha perdonado al imprudente y harto castigado *invasor* de la inolvidable noche del 1.º de octubre. Suplícole asimismo que nunca se juzgue ya sola en este apartado valle, donde siempre estará acompañándola mi pobre alma, y que, al menor contratiempo que turbe la costosa paz de su vida, prescinda usted de mi pasión amorosa y me llame a su lado, sin escrúpulo alguno, como al hermano más leal, tierno y solícito.

»No se enoje usted, en fin, hermosa Julia, si concluyo como empecé, diciéndole que la adoro más, mucho más que aquella noche, y que es suyo, todo suyo, lo será eternamente, el corazón de

GUILLERMO DE LOJA

»Vivo en Madrid, calle del Barquillo núm...»

Cuando nuestro contumaz protagonista hubo escrito, leído, copiado, vuelto a leer, cerrado y lacrado la precedente carta, ya eran las dos... y principiaban a sonar los anunciados golpes de los electores a la puerta de la fonda, y hasta se oían algunos preludios de fígle y de otros instrumentos de marca mayor, como señal de que los tres vencedores en los comicios iban a ser acompañados a la estación del ferrocarril por lo que en la villa y corte llamamos una *murga*...

¡Apresurémonos a bajar el telón, despidiéndonos de nuestros amigos hasta Madrid, donde nos será fácil hallarlos en situación más envidiable, aunque menos triunfal y gloriosa!

LIBRO SEGUNDO
SUEÑOS DE AMOR Y FORTUNA

I

PARA VERDADES... MADRID

Días, semanas y hasta meses transcurrieron, sin que Guillermo, establecido de nuevo en su preciosa casa de Madrid y rodeado de apremiantes quehaceres y obligaciones, recibiera contestación ni noticia alguna de la *Pródiga*, y como, por otra parte, no había vuelto a presentársele ocasión en que hablar de ella, ni de aquel viaje, ni de las elecciones, ni de nada íntimo y amistoso, con los aprovechados y olvidadizos Enrique y Miguel, únicas personas en quien hubiera podido hallar eco tan rara historia, llegaban momentos en que al generoso amante le parecía un sueño todo lo relativo al cortijo del Abencerraje, o que aquel vallecillo y sus moradores habían dejado de pertenecer al mundo, como dejan de pertenecerle los pueblos que suprimió un temblor de tierra.

Porque tal es y ha sido siempre la realidad... madrileña de las cosas. En el andén mismo de la estación del Mediodía, y hasta creemos que sin decirse «adiós, ¡que descanses!» (¡tanta prisa tenían de dejarse abrazar por sus respectivos clientes y admiradores!), disolvieron de hecho los tres amigos la sociedad o especie de familia que habían formado durante las faenas electorales, y cada cual se dirigió, no sólo a su particular domicilio, sino a círculos y tertulias diferentes, a fin de ostentar, íntegra e indivisible, su autonomía de triunfador, y no tener que compartir con *nadie* los laureles de la victoria...

Este *nadie*, en puridad de la verdad, era Guillermo, general en jefe de toda la campaña, y a quien además se debía el apoyo enérgico de la heroica Julia... Por consiguiente, él fue también el único perjudicado o amargado por aquella liquidación y corte de cuentas, en que el egoísmo, la ambición y la petulancia se sobrepusieron a la amistad y la gratitud... Pe-

ro no se trata aquí de tales primores cortesanos, sino de indicar pura y simplemente que los antiguos camaradas de expedición sólo se veían ya en el Congreso, entre el calor y bullicio de las pasiones políticas o de sus miras propias, y que, por tanto, no habían vuelto a tener coyuntura, ni tiempo, ni quién sabe si voluntad... (cuando menos Miguel y Enrique) de hablar de su famoso viaje ni de ninguna de sus incidencias...

Enrique, sobre todo, esquivaba a Guillermo, y había aguardado a que eligiese asiento en el salón de sesiones para sentarse él en distinto banco, que, por casualidad, sin duda, vino a ser el mismo en que figuraban los personajes más caracterizados y bullidores de la *fracción disidente del partido imperante*, a que ambos y Miguel pertenecían...

Miguel, menos emprendedor y ambicioso, pero también *fresco* de alma, que es algo peor que *frío*, se dejó remolcar por Enrique, y sentose a su lado, no sin procurar simultáneamente cumplir con Guillermo, dirigiéndole desde allí, como a traición, *expresivas* miradas y sonrisas, que maldito lo que expresaban ni podían expresar, pero que al cabo eran vergonzante tributo de la debilidad a la fortaleza, o cínica mofa que hacía de sí mismo el desagrado.

Con todas estas pequeñeces punzantes y amargas, y su natural hipocondríaco y aquella amorosa pasión, *incomunicada* días y días en la cárcel de su cerebro, el insigne Guillermo de Loja, de quien tantos prodigios parlamentarios esperaban cuantos le habían oído hablar en el Ateneo, en el foro, en círculos políticos y en su cátedra de la Escuela de Ingenieros, dejó trascurrir la discusión de actas y parte de la del Mensaje sin decir esta boca es mía. Tétrico, pensativo y como clavado en su asiento, extraño a los cabildeos en que Enrique iba captándose amistades, reputación e influencia, sabiamente administradas por Miguel, y tenido ya en poco por los mismos que habían soñado ser *algo* poniéndose a sus órdenes en el Congreso o en la imprenta.

—¡No es la primera vez —decían aquellas gentes— que estos sabios tan palabreros y atrevidos en cafés y tertulias, y que traen reputación de oradores forenses, científicos o literarios,

se quedan mudos en el Parlamento!... ¡Podemos rezar un responso al porvenir político de Guillermo Loja! En cambio ese diablo de Enrique, adocenado jurisconsulto ayer, irá muy lejos... ¡Si llegan a hacerse las paces entre la *disidencia* y la mayoría del Gabinete, de seguro será nombrado ministro de Fomento! ¡Su discurso sobre la enseñanza ha impresionado algo al presidente del Consejo de Ministros!

Aquel discurso se lo había oído Enrique a Guillermo, precisamente el día en que, a caballo y entre escopetazos y cohetes, penetraron, llenos de júbilo y de ilusiones, en el vallecillo del Abencerraje... Escucholo, pues, nuestro amigo sonriendo irónicamente, sin descender siquiera a darse por entendido de los guiños y señas que le hacía Miguel desde su banco..., y siguió acariciando su constante idea de abandonar la diputación, la política y a Madrid, e irse a pasar el resto de sus días al cortijo del Abencerraje con el título que a Julia le pluguiera conferirle, aunque sólo fuera el de huésped de la última choza de pastores de la comarca, con tal que le consintiese ver, siquiera a lo lejos, a la reina y señora de su albedrío.

II

UNA SESIÓN DE CORTES

Así las cosas, el 16 de diciembre ventilose en la Cámara la grave cuestión, eminentemente política, en que principalmente disentían sus correligionarios y el ministerio...

El caudillo de la disidencia acababa de quemar el último cartucho sin conseguir ventaja alguna sobre el ministro de la Gobernación, que, más elocuente que nunca en tan crítico lance, casi le había arrancado ya su bandera y proclamaba, entre los aplausos de unos y el estupor de otros, que desde aquel día los disidentes estaban obligados a apoyarle o renegar de su historia...

La emoción del Congreso era inmensa: indudable el triunfo de los dos o tres ministros amenazados de muerte hasta aquel momento, según opinión general; espantoso el pánico de los ilustres vecinos de asiento de Miguel y Enrique, y cómica

a sumo grado la ansiedad con que este último, conecedor muy a fondo de las especiales condiciones tribunicias de Guillermo, se volvía hacia él, como excitándole a que salvara la situación *del partido* y atajase el vuelo de cierta soñada cartera, pronunciando al efecto uno de aquellos fulminantes discursos que tantas veces le había oído en extracto, y que el infeliz vividor no se atrevía a plagiar o desenvolver en circunstancias tan solemnes...

Guillermo pidió la palabra; y, no obstante lo mucho que había bajado su papel desde que llegó al Congreso, o tal vez por lo mismo que estaba ya en tela de juicio su aptitud para las lides políticas, la expectación general fue inmensa...

Un minuto después era dueño de la Cámara; al cabo de media hora, el ministro de la Gobernación se revolcaba en el polvo de sus mejores argumentos, y los desbaratados y hundidos disidentes, incluso Enrique y Miguel, levantaban la cabeza como diciendo: «¡Así somos nosotros!».

Aplaudían a rabiar las tribunas, comenzando por la de señoras, donde no se admiraba menos la gallardía varonil del orador que su arrebatadora elocuencia, y aplaudían también las oposiciones sistemáticas o radicales, no sólo haciendo justicia a aquel nuevo atleta del Parlamento, sino en odio a los dos o tres ministros que agonizaban ya en el banco azul.

El mismo presidente del Consejo de Ministros hacía algunas señales involuntarias de conformidad con las ideas de Guillermo, y la palabra *crisis parcial* circulaba por todos los labios antes de que nuestro joven hubiese terminado aquel discurso vehementísimo, lógico y conmovedor a un propio tiempo, en que no se sabía qué admirar más, si la solidez del raciocinio, la arrogancia del tono, la atinada invocación de hechos y preceptos y las saludables y profundas doctrinas que sustentaba, o la energía de la frase, el primor del estilo y la novedad y atrevimiento de las figuras retóricas...

Enrique fue el primero que trepó de banco en banco para ir a felicitarle tan luego como acabó de hablar.

Otros muchísimos diputados de varios colores pasaron también a saludarlo a su asiento...

Suspendiose la sesión por algunos minutos...

Los ministros abandonaron el salón, peleándose, y se encerraron en el despacho común que allí tienen, a fin de celebrar un rápido consejo, y ver *cómo se contestaba a aquel hombre...*

Miguel fue el último que se acercó a Guillermo, echándola de enemigo de apreturas; y, así que le hubo abrazado con cierta superioridad de lego voluntario, díjole, entre algunos guiños de afectada complicidad:

—¡Aprobado, y a otra! ¡Has matado a ese necio de Enrique! Antes de ocho días serás ministro de Fomento.

De vuelta el Ministerio en el banco azul, continuó el debate; pero, en vez de hablar el anonadado ministro de la Gobernación u otro de los de su matiz político, habló el presidente del Consejo, y lo hizo en términos tan suaves y conciliatorios, y tributando tantas alabanzas «al Cid de la tribuna, que acababa de hacer sus primeras armas» (fueron sus expresiones), que todo el mundo dio por terminada la disidencia y por planteada una crisis parcial, en que Guillermo no dejaría de ser llamado a formar parte del Gabinete...

Y, con esto, se levantó la sesión.

III

SEGUNDA CARTA DE GUILLERMO A JULIA

Dicho se está que aquella noche no se cupo de pie en casa de nuestro amigo... Diputados, senadores, ingenieros, abogados, artistas, pretendientes, quinientas personas fueron a estrechar su mano; y entre ellas figuraron constantemente, echándola de familia o familiares del triunfador, cuyos padres y hermanos residían en Murcia, los famosos Miguel y Enrique.

—¿Y Julia? —le preguntaron los dos por separado—. ¡Nada nos has dicho de ella desde que vinimos!... ¡Hermosa mujer! Y ¡qué carácter!, ¡qué talento!... ¿Te escribe?

Guillermo se encogió de hombros, y contestó a ambos de igual manera:

—¡Eh!... ¿Quién piensa ya en eso?

—Es decir... que la has olvidado...

—¡Completamente!

—Pues mira, chico: has hecho muy bien... Porque, en medio de todo...

Pero Guillermo les volvió despectivamente la espalda cuando iban a esta altura de sus reflexiones, y se puso a hablar de política con el primero que halló a mano.

Dejáronle finalmente hasta sus verdaderos amigos (ingenieros de su promoción, camaradas de universidad, pintores distinguidos, etc., a los cuales retuvo una hora más que a los políticos, por disfrutar a sus anchas de fraternales y desinteresadas enhorabuenas); y cuando, a la una de la noche, se quedó solo, cogió pluma, papel y tintero, y escribió la siguiente carta a Julia:

«Inolvidable y adorada amiga:

»Dentro de tres días es San Julio; y, aunque todavía no ha contestado usted a mi carta de hace dos meses, ni quizás estime que ha pasado bastante tiempo para que yo pueda dar cuenta del estado definitivo de mi corazón, me atrevo a dirigir a usted estos renglones para felicitarla en sus días, sin esperanza alguna, es muy cierto, de que mi cariñoso y humilde saludo le lleve tal felicidad, pero también sin el temor de que le estorbe o desagrade saber que hay en el mundo un hombre que la recuerda y la idolatra y hace votos porque sea usted tan dichosa como él continúa siendo desgraciado...

»¡Muy desgraciado soy, en efecto, amiga mía! No ciertamente por obstinada connivencia de mi voluntad con mi pasión, pues bien sabe el cielo que batallo lealmente conmigo mismo, teniendo en más la ventura de usted, o sea sus escrúpulos y celos sobre el último resultado de cualquiera alianza nuestra, que la inefable dicha por mí deseada, y sobre cuya solidez y duración ninguna duda cabe en mi amante pecho. Batallo, sí, por refrenar mi amor, en obediencia a los deseos de usted; que obedecer es amar, según ya dijo alguien que, por lo visto, sabía cifrar su gloria en padecer por el bien amado... Pero toda batalla es inútil: ¡la victoria por mí alcanzada hasta hoy, de haber pasado dos meses y medio sin ver a usted, sin volar a su lado, sin arrojarme a sus plantas pidiéndole la muerte o la vida, podrá redundar en provecho o

descanso de la insensible diosa que no me ama, mas no en felicidad ni quietud de este corazón que es todo suyo, y que no concibe otro bien ni otro consuelo que poseer su amor y su hermosura!

»¡Quietud! ¡Felicidad!... ¿Cómo hallarlas, cuando a todas horas, en el bullicio de la corte, en medio de las agitaciones políticas, en los combates mismos de la ambición, estoy viendo el solitario y escondido valle donde, maltratada por el destino, y triste y sin esperanzas, se sobrevive a sí misma la mujer más bella del mundo, para quien los divinos encantos del cuerpo son ya mortaja de sus ilusiones, y la actividad de su gracia y de su inteligencia buitres feroces que le roe las entrañas en la desierta roca a que la ató la desventura? ¿Cómo dejar de amar a usted, la más generosa y sincera de las mujeres, la que siempre amó, la que amó mucho, pero con desinterés y nobleza, y aún conserva tesoros de amor en su alma, como la pecadora que enjugaba con sus cabellos los ungidos pies de Jesús, cuando, en estas lúgubres y perdurables noches de invierno, me la imagino desvelada y sola en ese viejo caserón perdido en la lóbreguez de un despoblado, pensando en este brillante mundo que la olvidó tan pronto, y no oyendo más respuesta a los suspiros de su angustia que la voz de los enemigos vientos, cuyos largos aullidos, de cólera y amenaza, parecen ir y venir de acá para allá renovando antiguos rencores y diciendo que la anulación de usted será eterna? ¿Cómo? ¿Cómo olvidar a la egregia desterrada? ¿Cómo no tener a gloria poder dar un mentís a su destino, y redimirla y hacerla dichosa, o acompañarla cuando menos en su infortunio?

»¿Ni qué me ofrecen el mundo y la vida, para que yo pudiera olvidar a usted, o renunciar al empeño de vivir y morir a su lado? ¿Qué es esta decantada existencia de la corte, con todos los halagos que pueda apetecer la soberbia, con todos los laureles que pueda soñar la ambición, sino campo de batalla en que nunca termina la refriega, en que no basta triunfar para ser dichoso, en que cada victoria aumenta el número de los enemigos, y donde es necesario luchar todos los días, hasta en los de la cansada vejez, so pena de morir menguadamente a manos del más cobarde y menos digno?

»¿Qué satisfacción ni qué ventura puede hallar un alma como la mía, toda amor y desconfianza, toda orgullo de su propia ternura, en esta gran contratación madrileña, en esta puja de desalmados ambiciosos, donde sólo se rinde culto al que se teme o al que se necesita, donde nadie levanta al que cae, donde, cuando menos, hay que divertir a la gente para ser persona, donde el dinero puede suplir por toda especie de cualidades, y donde el número de los medianos es árbitro de la gloria de los superiores?

»No; yo no he nacido para odiar ni ser odiado, ni para disputar a nadie su bien o su deseo, ni para mentir respetos o adhesiones, ni para ufanarme con títulos que ha llevado cualquiera. Dejemos, pues, aparte, entre las razones que puedan impedirme abandonar por siempre la corte, lo que puede llamarse *mi porvenir...*, y digamos algo de mi *presente*, esto es, no hablemos del hombre público, y estudiemos al hombre privado.

»Julia: nada hay en el mundo, en el orden de los afectos íntimos, que pueda retraerme de consagrar a usted toda mi vida. Estoy sistemáticamente alejado de mi casa paterna, por no ver a otra mujer en el puesto que ocupó mi difunta madre, ni disputar a mis hermanastros el cariño o las atenciones del autor de mis días. No tengo amores: los he tenido; no han bastado a mi felicidad. Conociendo profundamente mi carácter, me espanta la idea de constituir casa y familia en la corte... ¡Digo más: asústame la idea de tener hijos en estos tiempos de relajación moral, social y doméstica! ¡Los querría demasiado..., y tal vez me costarían la vida, o yo me arrepentiría de mi propia obra...! En suma: no soy yo, aunque tan joven, un ser lleno de ilusiones y esperanzas que mire hacia el *porvenir*, ni tan siquiera en el camino de su vida individual o privada... Heme sentado a la edad que tengo, y no quiero andar más...

»En tal situación de ánimo, la casualidad me ha hecho encontrar a usted, parada también en el desierto de la existencia, sin fuerzas para seguir, sin valor para desearlo, sobreviviéndose, como yo me sobrevivo... Por eso me pongo a su lado, diciéndole: “Esperemos juntos nuestro último día. El cansancio de su corazón de usted no llega ni con mucho al de mi alma. He pensado, he leído, he visto, he analizado tanto en el

mundo real y en el mundo moral, en la sociedad y en mi espíritu, en la ciencia y en el arte, que no aspiro a más gloria que a morir abrazado a la eterna belleza, personificada en usted, o, cuando menos, adorándola de rodillas y dando vida y alma por ahorrarle la más leve pena”.

»Ya ve usted, mi querida Julia, que no adelanto gran cosa en mi curación... Ruégole, pues, que no desdeñe tormentos tan efectivos y amargos como estos que me hace pasar, y que me escriba, siquiera una vez, diciéndome que, por término de ellos, encontraré amparo en su corazón, si llegan a faltarme del todo las fuerzas y me presento ahí el día que menos se lo figure... Entretanto, acoja usted con afabilidad en sus días, se lo suplico de nuevo, todo el amor y la adoración que caben en el alma de su apasionado

GUILLERMO DE LOJA

»Madrid, a las tres de la madrugada del 17 de diciembre de...»

IV

EL FONDO DEL ALMA

La puntual designación de día y hora que iba al pie de esta endiablada carta resumía y daba a entender muchas cosas que en ella no había mencionado Guillermo, y que Julia no podría acaso comprender por entonces. Aquella minuciosa fecha quería decir, para la conciencia del embrollado joven, y tal vez *probar* con el tiempo a su misma adorada, que pocas horas después de un inmenso triunfo parlamentario, cuando el más lisonjero *porvenir* abría sus doradas puertas al ya casi ministro, éste se había ratificado en su actitud y amantes protestas de 1.º y 20 de octubre...; lo cual demostraba la grandeza y heroísmo de su pasión, etcétera.

Disculpa merece tal debilidad en quien tantas otras había cometido y tenía que cometer por resultas de la dolencia moral que le aquejaba, y que es común a todos los hombres de genio, en el tránsito de la juventud a la virilidad. Muchos deciden del resto de su vida —por el suicidio, por extravagantes y

perniciosos casamientos, o por un anticipado retiro a la vida campestre— durante ese crítico período de pesimismo, desfallecimiento y misantropía, fundados en ilusiones ópticas de la imaginación... De consiguiente, no fue raro que nuestro orador, después de haber tenido la magnanimidad relativa y el buen gusto amoroso de no referir a Julia su gran victoria de aquella tarde, escribiese tal fecha con el propósito de invocarla y utilizarla algún día...

Y, ya que tenemos en la mano el microscopio, advertiremos también que la escritura de aquella desesperada carta puso de muy buen humor a Guillermo, cual si, jugando el todo por el todo, se hubiese quitado un gran peso de encima... Porque la verdad era que, a vuelta de tantas concesiones y promesas como otorgaba a Julia, establecía ya una especie de condición para realizar su *amenaza* de volver al cortijo del Abencerraje, en el mero hecho de pedir a la *Pródiga* que le escribiese ella antes, diciéndole que sería bien acogido...; lo cual dejaba al candidato para ministro en situación más libre y desembarazada (moralmente), suponiendo que la animosa proscrita no contestase tampoco a aquella segunda carta... Iría entonces o dejaría de ir al tal cortijo, según que se lo exigiese su propio corazón en la nueva vida que le llamaba con seductores cantos, pero no por virtud del generoso y absoluto compromiso contraído en octubre, ¡tanto más de obligar cuanto que no había sido impuesto ni aceptado por aquella desgraciada mujer!

Sin conciencia de su habilidoso egoísmo (pues en aquel entonces no era muy lúcido que digamos para discernir y aquilatar afectos), escribió Guillermo de Loja, y complaciose luego en haber escrito tan estratégica y fina carta, como tampoco tuvo conciencia de sus verdaderas emociones al expresar en frases tan acerbas y rudas su odio y su desprecio a las glorias políticas y cortesanas, precisamente en el punto y hora que ya no sentía de aquella manera, sino que estaba muy regocijado y satisfecho, en el fondo de su alma, de los aplausos y pronósticos del día... Se ha dicho, y nada hay más cierto, que el mejor modo de desechar una idea triste es escribirla, pintarla, *monumentalizarla* en cualquier forma; y esto había hecho ins-

tintivamente el joven, al vaciar sobre un pliego de papel todo el horror de su hipocondría respecto de las vanidades y dulces mentiras madrileñas, tan luego como halló incómodo aquel tedio y deseó no sentirlo...

Pero dejemos ya dormir al ilustre orador, no sin reparar, al tiempo de marcharnos, en su última flaqueza de aquella noche; que fue preguntarse con mucha reserva, dentro ya de la cama, si Julia estaría suscrita a algún periódico en que pudiese leer el pícaro discurso... y enterarse del maravilloso efecto que había causado y podía causar...

No hay como ser hombre, por mucho talento que se tenga, para incurrir en estas debilidades.

V

METAMORFOSIS

Desde el día siguiente cambió por completo la vida del misántropo que tan desconsoladora carta acababa de echar al correo, certificada y todo. Aquel invierno no había *hombre de moda* en Madrid, y lo fue él. Las damas aristocráticas que le habían oído y *visto* pronunciar su gran discurso desde las tribunas presidencial y diplomática del Congreso, tuvieron el antojo de lucirlo en sus salones, en su mesa, en sus palcos, y aun dicen que alguna deseó oírle hablar a solas, en perfumado camarín, de aquellas cosas tan varoniles y tan enérgicas que había dicho al ministro de la Gobernación.

Estos repentinos hombres ilustres de la clase media, ricos todavía de savia natural, y pulimentados hasta cierto punto a fuerza de estudio y de talento, suelen ser muy del agrado de las patricias, que ya se saben de memoria el estilo y modales parisienses, comunes a sus exquisitos, macilentos y burlones primos o pares, todos cortados por la misma irreprochable tijera... Justificado, pues, con la gloria alcanzada en las Cortes el ingreso de nuestro impetuoso amigo en la aristocracia, agasajáronle igualmente las severas y altivas ricas hembras incapaces de claudicar que las de menos rigurosa y dura condición, complaciéndose todas, en la esfera de sus gustos, de tratar a

hombre tan distinguido, e imponiendo fácilmente la amistad y el trato del laureado plebeyo a los próceres de su casa o tertulia, con especialidad a los viejos y a los estudiosos.

Por otra parte, la gente política no lo dejaba a sol ni a sombra. Conferencias, almuerzos, comidas, juntas, proyectos de fundación de periódicos, planes de obras públicas para cuando ocupase la poltrona de Fomento, programas políticos, candidaturas para directores y hasta para secretario particular suyo, ¡qué sé yo cuántas cosas absorbían el tiempo, y la atención, y la bilis del joven necesario, el cual ya no era ingeniero, ni abogado, ni pintor, ni bilioso, sino político, diputado, orador, futuro ministro, y hombre tan confiado y optimista, que hasta con Enrique y Miguel había vuelto a ser expansivo y afable!

Así pasaron días y días, y hasta semanas y semanas, sin que se resolviera ni planteara formalmente la crisis, y sin que le contestase la *Pródiga*...

—¡Extraña y valerosa mujer! —solía pensar Guillermo algunas noches al tiempo de acostarse—. ¡Indudablemente, su silencio revela amor y compasión, como su digna actitud de aquella noche! Que han llegado a su poder mis cartas es seguro, puesto que en el correo he visto devueltos, y firmados por ella, los sobres certificados... ¿Si estará mala?... ¡Oh!... no..., ¡no quiero creerlo!... Y, de todos modos, ¿qué puedo hacer para tener noticias tuyas? ¿A quién le escribo? Ni Antonio ni su hijo sabrán leer... ¿Al secretario de marras?... ¡Qué ignominia! ¡Qué escándalo! ¡Ah! ¡Pobre Julia! ¡Y pobre de mí, amarrado a esta corte por compromisos políticos de que ningún hombre de honor puede desentenderse! Decididamente, entre nosotros media un abismo... ¡El abismo de su larga historia! ¡Con qué horror y espanto oyó la otra noche pronunciar su nombre aquella duquesa anciana, a quien me atreví a preguntar *quién era Julia de****, o, por mejor decir, *quién había sido*...; pues afortunadamente fingí creer que ya no existía! Debo, sin embargo, tener presente que la tal duquesa es la propia efigie de la austeridad y la intolerancia... ¡Yo seguiré inquiriendo, hasta dar con una persona razonable que sepa y me cuente la verdadera historia de mi triste amiga! ¡Oh!

¡Cuán fuera de propósito se dijo, sobre el sepulcro de una esposa y madre!:

¡Muera más bien que envejecer la hermosa!

—¡Para ti, Julia mía, debió escribirse este verso, para ti y para todas las beldades que pasan el zenit de la edad sin tener hijos, ni tan siquiera esposo que desde la juventud las haya acompañado por el sendero de la vida! Pero ¿qué hablo? ¡Yo no quiero que muera Julia!... Yo la adoro... Yo he de ir a buscarla... Yo lo deseo, por lo menos, con el propio afán que antes de pronunciar mi discurso. Sin embargo, admitamos que no llegara a ir, porque me fuera imposible... Admitamos que aquella infortunada hubiese de pasar años y años, tal vez otros tantos de los que hoy tiene, en el abandono y soledad en que yo la he visto... ¡Qué lenta agonía! ¡Qué horrible tortura! ¡Y cuán a punto podría repetir ella el verso del pagano Quintana!..., ya que no prefiriese recitar aquellos, más cristianos y filosóficos, que pone Ayala en boca de Rioja:

¡Oh! ¡Necio quien maldice
el revolver del tiempo y su carrera!
Si el tiempo no corriera presuroso,
¿qué fuera de los hombres? ¡Ah!, ¡cuál fuera
mi existencia infeliz, si en este día
su arrebatado curso reprimiera
y fija siempre ante mis ojos viera
la negra imagen de la suerte mía!

De tan literario modo, o comparando fríamente a Julia, por contraposición y antítesis, con aquella comendadora cuya historia, desenterrada entonces por cierto personaje famoso que comerciaba en *antigüedades*, nosotros habíamos de escribir más tarde en forma de novela, iba Guillermo *monumentalizando* la figura de la *Pródiga* (como hizo otra noche con la misantropía), a fin de aliviarse de un peso que gravitaba sobre su conciencia no menos que sobre su corazón; y, con todo ello, sentíase más libre y desembarazado en los brillantes salones de la Grande-

za, donde hacía ya algunas semanas que cierta marquesita de veinte años...

Pero este pormenor merece párrafo aparte.

VI PURA

Desde que, a principios de enero, comenzaron los grandes bailes de la aristocracia, notose que una linda joven, llamada Pura, hija única de los marqueses de Pinto, Grandes de España de primera clase y ricos de tercera o cuarta (pues que sólo tenían quince mil duros de renta, cuando muchos de sus amigos o parientes gastaban doble suma en las dos o tres fiestas que daban al año), dirigía miradas muy sentimentales y dulces con sus aterciopelados y grandes ojos negros al aplaudido y gentil legislador; le concedía cada noche dos o tres walses o polkas (Guillermo bailaba divinamente, como cualquier simple mortal), y luego se iba, apoyada en su brazo, al *buffet*, hablando de pintura, música y escultura, en cuyas artes era muy entendida, por haber pasado algunos otoños en las capitales de Baviera y Sajonia...

De esta afición a discurrir sobre obras artísticas nació precisamente la amistad de Guillermo con la erudita y elegante doncella, cerca de la cual comió cierta noche en casa de la anciana duquesa intolerante, y a cuyos solemnes y taciturnos padres sólo había sido presentado muy a la ligera. La muchacha, habladorcilla y valiente de suyo, por más que se ruborizase algo siempre que mudaba de conversación, lo cual hacía con estudiada frecuencia, le preguntó, a propósito de la forma de un salero, si había estado en Munich y Dresde; de la contestación resultó que donde Guillermo había estado era en Florencia y Roma; no conocía ella ni a Roma ni a Florencia, como no conocía él a Dresde ni a Munich; y sobre si tal museo era mejor o peor que tal otro, y sobre si la *Madonna* H valía más o menos que la *Madonna* B, tuvieron altercados, llegaron a transacciones, hicieron su respectiva profesión de fe en materias de sentimiento, de forma, de color, de libros, de telas y hasta

de manjares; convinieron al fin en todo; miráronse mucho; se regalaron violetas y heliotropos del vecino *centro de mesa*, y quedaron apalabrados para el primer wals..., en el próximo baile de la embajada de Francia.

Verdaderamente, Pura era lo que se llama un primor. Morena clara; algo descolorida, menos en los casos ya citados; de no pequeña estatura, aunque ni tan alta ni tan mujer como la *Pródiga*; delgada en apariencia, y esbelta y voluptuosa en realidad, por no sé qué tentadora hipocresía o púdica reserva de sus juveniles perfecciones; igualmente disimulada en cuanto al carácter, pues que la melancolía romántica de su faz servía de máscara a cierto retozo burlón de la mente, manifiesto y claro a lo mejor en picarescas y graciosas sonrisas; demócrata, en fin, de gustos y aficiones, o en sus caprichos efímeros, cuanto linajuda y retrógrada en sentimientos y creencias, la hija de los marqueses de Pinto, y marquesa ya ella de otro título que le habían cedido sus padres, ofrecía una curiosa amalgama de candor y sabiduría, de belleza y de ingenio, de recato y de travesura, muy a propósito para interesar a hombres de la imaginación y cavilosasidades de nuestro héroe.

Sin embargo, ni los encantos y afabilidades de la chica, ni las bromas con que empezaron a herirlo algunas damas poco atendidas por él, ni el rumor que empezó a correrse de que el tribuno de la clase media podría llegar por tal camino a ser Grande de España y la marquesita *ministra* de Fomento, fueron parte a que el altivo Guillermo perdiese la cabeza y acariciase la idea de semejante boda. Por el contrario: la consideración misma de que Pura pertenecía a la más alta nobleza, y de que, aun en el estado de decadencia de la casa de Pinto, todavía lo aventajaba mucho en maravedises, sin contar con los que heredaría de una solterona, hermana de su abuela materna, que estaba, decían, podrida de dinero, lo retrajo de dar importancia a lo que desde luego calificó de coqueteo inocente de una joven algo presumida, que gustaba de lucir sus conocimientos artísticos y de marear un poco al Hércules plebeyo, rey de la tribuna, infundiéndole aspiraciones irrealizables... Añádase que la sequedad y displicencia con que de pronto empezaron a tratarle los altaneros marqueses, como dán-

dose por entendidos y muy enojados del rumor público sobre tan desigual alianza, hirieron profundamente el orgullo y la dignidad de Guillermo, y se comprenderá el que, por una parte, hubiese dejado ya de bailar con Pura, y hasta de acercarse a ella, como no fuera para saludarla ceremoniosamente cuando la encontraba en tal o cual salón, y el que, por otro lado, procurase encontrarla con mucha frecuencia, a fin de ostentar públicamente tan decorosa y esquivada actitud; mortificar con ella a la amable joven; ver de hacerse dueño de su corazón; apenarla entonces con crueles desvíos, y castigar, por tal medio, la soberbia de los *tiranos padres*...

Dijérase que este plan, nada nuevo ni extraordinario, dadas las flaquezas de amor propio de los hombres que pasan por más enteros y dignos, estaba produciendo ya el apetecido resultado. Lánguida y triste, veía la linda joven acercarse a Guillermo, cuando éste, después de haber bailado y hablado con las que en otro tiempo desatendía, se dignaba, al cabo, ir a saludarla... Procuraba entonces retenerlo con mil preguntas, cual si le quisiera demostrar que los marqueses no se oponían a que hablasen, o que, pues a ella no le importaba nada el disenso paterno, tampoco debía importarle a él... Pero Guillermo volvía a saludarla de pronto, ceremoniosamente, y se iba, con el *claque* debajo del brazo, en busca del ecarté o del tresillo, dejándola allí, más lánguida y triste que antes... bien que algún malicioso habría podido vislumbrar a la postre en sus divinos labios no sé qué indefinible sonrisa...

¿Estaría la muchacha segura de *triunfar*?

VII

IDILIO MADRILEÑO

Así las cosas, la noche del 20 de febrero hubo un gran baile en casa de los opulentos duques de Carmona... Estaban allí todas las personas distinguidas de la corte, o sea todas las aristocracias, la heráldica, la política, la militar, la del saber, la del dinero, la de las letras y la de las artes, y, con ser tan espaciosos aquellos salones y galerías, no se cabía en ellos materialmente.

Por fortuna, habíase improvisado un jardín artificial en el gran patio de la casa, cubierto de cristales y templado por multitud de caloríferos, y desde él se pasaba a las estufas del verdadero jardín, todas ellas ricamente alfombradas, y llenas de macetones con altos árboles exóticos... Discurrían, pues, por aquellos fantásticos vergeles, en busca de aire y de libertad, muchas parejas, fingiéndose que andaban por el campo; y, como la iluminación estaba amortiguada y dispuesta de modo que imitase la plácida claridad de la luna, la ilusión de los paseantes era completa.

Cuando, en uno de los más atestados y calurosos salones del principal, fue Guillermo a saludar a la marquesita, asegúrese ésta de que ni sus padres ni persona ninguna que la conociera o tratara estaba al alcance de sus perspicaces ojos, y, en vez de contestar con meras palabras al saludo del gallardo ingeniero, levantose resueltamente, se cogió de su brazo, y le dijo con bien representada vehemencia:

—¡Sáqueme usted de aquí!... ¡Esto es ahogarse! ¡Lléveme a las galerías improvisadas en los invernaderos, que dicen están muy preciosas!... Allí podrá usted dejarme con cualquier persona conocida y marcharse, como otras noches, en busca de su adorado ecarté...

Guillermo no pudo ni, pudiendo, hubiera intentado eludir aquel compromiso. La soledad o libertad resultante del mismo cúmulo de gente; la embriagadora atmósfera, cargada de aroma de violeta, que en el salón se respiraba; los hechizos de Pura, que, en noche tan solemne, lucía todas sus gracias juveniles, por prescripción de la modista; el acercarse ya el carnaval y, con él, la terminación de aquellos grandes bailes que permiten a las jóvenes campar un poco por sus respetos, todo contribuyó a que el novel diputado olvidase un punto su programa y se creyera muy dichoso en llevar del brazo a la bella, elegante y joven, cuanto rica, noble y discreta persona... que tal vez le amaba muy de veras, y de quien el rigor de los astros o las precauciones sociales le impedían ser dulce y legal compañero por toda la vida...

Mientras que anduvieron pugnando por abrirse paso entre las disformes colas de seda y encajes, y aun de verdaderas plumas, que arrastraban, a guisa de apéndice propio, tantas

y tan lujosas nietas de la desnuda Eva, nada interesante se dijeron nuestros dos jóvenes; pero, cuando llegaron a los poéticos vergeles que hemos descrito, Pura se dejó caer un poco sobre el brazo que le daba Guillermo, y murmuró dulcísimo:

—Ya puede usted dejarme, si le estorbo... Allí distingo un amigo, que tendrá la bondad de acompañarme...

—¿Lo dice usted porque desea que la deje? ¡En tal caso, me retiraré!... —respondió Guillermo con amargura—. Pero si, por el contrario, va usted a gusto conmigo...

—¡Muy a gusto!... —suspiró la linda doncella tan quedamente, como si revelase un secreto.

—Entonces..., prosigamos hasta que usted se canse... —repuso el joven—. Estas galerías de plantas y flores prisioneras no pueden estar más deliciosas...

—¡Un poco solas y oscuras por allá abajo!... —observó la marquesita, estremeciéndose y dejando de andar; pero cada vez más asida al brazo de Guillermo.

—¿Le da a usted miedo, yendo conmigo? —interrogó éste con suavidad engañosa.

—Miedo... no; pero podrán decir que huimos demasiado de la gente y de la luz...

—Allí hay gente también... Entre ella, la dueña de la casa, a quien oigo hablar en este momento...

—Razón de más para que no vayamos... —repitió la marquesita, bajando los ojos—; pues la pobre Jacoba tendría celos al verlo a usted en mi compañía...

—Aun suponiendo que la duquesa gustara de mí, como usted supone equivocadamente... —exclamó Guillermo en estilo parlamentario—, no le causaría celos verme al lado de una señorita con quien todo el mundo sabe que no tengo, ni puedo tener, más relaciones que una... *antigua* y mortificada amistad.

—¡Ingrato! ¿Por qué me dice usted eso? —gimió tristemente Pura, volviendo la cabeza hacia la derecha, como para ocultar su emoción...

Pero Guillermo se inclinó en el mismo sentido, y vio que dos lágrimas corrían por el angélico rostro de la marquesita, mien-

tras que sus hechiceros labios se contraían y temblaban como si reprimiesen un sollozo.

Aquellas lágrimas trastornaron completamente al joven. Su historia con Pura, Pura misma, la hostilidad de sus padres, el porvenir legítimo y natural de un amor tan tiernamente sentido, se le presentaron bajo nuevo aspecto. Pues que la noble heredera le quería hasta el extremo de llorar por él... (¡de llorar, que es rendir la esencia del corazón, la sangre del alma, las perlas divinas de la virginal corona!), sólo faltaba averiguar si estaba dotada de firmeza y dignidad bastantes para no hacer sacrílegos cambios de ídolo y culto en su inocente pecho, a merced de vanas o ruines conveniencias de su familia... Y, en este caso, es decir, en el supuesto de que Pura se honrase a sí propia defendiendo los fueros de su pasión, la sinceridad de sus lágrimas, la integridad de su decoro, para que el dios Himeneo no se mofara nunca de ella al verla sonreír a un hombre que no fuese el mismo con quien había llorado tan amarteladamente, incumbencia sería de los soberbios padres allanar el camino de la felicidad de su hija... ¡Ningún sacrificio de orgullo tendría que hacer Guillermo para obtener la mano de aquella Grande de España, en quien solamente le agradaban y seducían la discreción y la hermosura, y de modo alguno los blasones!... ¡Bastaría con tratar menos desdeñosamente a la encantadora niña que había tomado la iniciativa de tales amores, o sido la primera en amar, y que le hacía el alto honor de derramar por él tan precioso llanto!...

Todo esto lo pensó y sintió el joven con la rapidez que siente y piensa el amor propio lisonjeado por el amor ajeno. Y, como resumen de sus pensamientos y sensaciones, lo que Guillermo experimentaba era ufanía y gratitud por las dos lágrimas que humedecían las mejillas de Pura, y pena de que llegaran a secarse, y dolor de que no las viese antes el mundo entero, cual si el antiguo misántropo temiera, en medio de todo, que algún día fuesen olvidadas o negadas...

—¡Usted llora por mí!... —díjole, en suma, cogiéndole una mano, que la aristócrata no retiró—. ¿Usted me ama? ¿Usted desea que yo la quiera? ¿Pues no sabe que la adoro?

Pura se sonrió de un modo inexplicable; y, como al propio tiempo se viese avanzar un grupo de damas y caballeros por el extremo oscuro de la galería, soltó el brazo de Guillermo, diciéndole apresuradamente:

—Márchese usted ahora... Allí vienen la duquesa y mamá... ¡Acabo de oírla reír!... Pasado mañana nos veremos en el Teatro Real, ¿no es cierto?

—Sí... sí... vida mía... ¡Hasta pasado mañana! —respondió nuestro héroe, besando con los ojos el lindo semblante y los desnudos hombros y brazos de la bien modelada virgen.

Y tomó el camino del patio, y desde allí la escalera arriba, en busca de los gabinetes de fumar y de juego, asombrándose de haber estado triste alguna vez en el mundo, cuando la felicidad era una diosa tan amable y condescendiente con los buenos mozos y oradores de punta, que no había más que alargar el brazo para cogerla por el talle y ser dueños de ella por toda la vida...

VIII

UN DIPLOMÁTICO

Pero, ¿y Julia? ¿Había sido ya olvidada por Guillermo?

¡De ningún modo! Guillermo no la había olvidado; pero el mundo... ¡el mundo iba dando la razón a la ingenua proscrita, o sea confirmando aquellos anatemas que tan valientemente fulminó contra sí propia en el jardín del cortijo para atajar los temerarios proyectos del joven!...

Queremos decir que a éste se le habían presentado nuevas ocasiones, desde que frecuentaba los altos círculos, de adquirir noticias acerca de la *Pródiga*..., bien que ninguna de hablar con persona desapasionada y justa que la hubiese tratado íntimamente, y que tales horrores y espantos había oído, que, a pesar suyo, o tal vez sin mucho pesar, se iba convenciendo de que unirse, en cualquier modo que fuera, a aquella infortunada, equivaldría a romper con el género humano, a colocarse *fuera de la ley*, a librar imprudente batalla a la sociedad constituida.

Porque es el caso que hombres y mujeres, viejos y jóvenes, habían respondido a las habilidosas preguntas del ingeniero con grandes exclamaciones de reprobación y escándalo, ni más ni menos que la intolerante duquesa de marras, apresurándose todos a añadir, incluso personas emparentadas con la pobre mujer, «que sólo la conocían de nombre, o de cuando era moza soltera, puesto que su casamiento y las deplorables y ruidosas aventuras de su viudez habían ocurrido fuera de España, y aun algunas de ellas fuera de Europa...». No la nombraban, empero, los hombres sin celebrar en voz muy baja su incomparable y maravillosa hermosura, ni las mujeres sin dar todavía señales de rencor y envidia; de donde era fácil colegir la duda de si unos y otras habrían sido más desairados y heridos por ella, que realmente escandalizados por sus excesos.

Todos la creían muerta hacía algunos años: según la versión general, en Oriente y por suicidio, dentro de un camarín lleno de flores, entre los brazos de arrogantisimo esclavo negro; según otros, en el hospital de pobres de Copenhague, en la mayor miseria; y, según versión muy reciente, batallando, vestida de hombre, contra los rusos, en no sé qué lugar del Cáucaso; lo cual daba claro a entender que (por lo menos, en cuanto al epílogo) los biógrafos de la *Pródiga* no habían bebido en muy buenas fuentes.

También era de notar la discordancia y contradicción de las terribles historias galantes que cada narrador o narradora le atribuía, así como el que, entre ellas, no figurase casi ninguna de las que contó el célebre secretario o fiel de fechos, con referencia a rumores de la capital de la provincia, el día que Guillermo y sus amigos oyeron hablar por primera vez de Julia... Pero siempre resultaba una conformidad espantosa en el fondo de invenciones tan desemejantes y en el hecho definitivo de condenar y abominar a la supuesta heroína... ¡Decididamente, aquella mujer tenía la desgracia, por fatalidad de su destino o por hechura de su espíritu y de su cuerpo, de que no se la juzgase idónea sino para lances trágicos y cosas inauditas, del más puro género byroniano!

Grande fue, pues, la curiosidad y aun la emoción de Guillermo, cuando la mencionada noche, al entrar en el despa-

cho del duque, donde se fumaba mucho y muy deprisa, uno de sus nuevos amigos, el barón del Suelo, calavera impenitente, no obstante haber llegado por dos veces a la mayor edad, acercose a él y le dijo con la irreflexiva solicitud del escepticismo:

—¡Me alegro de ver a usted, joven Mirabeau! ¡Ven acá, Manolo! Te presento al Tenorio del día, don Guillermo de Loja, cuyo gran discurso habrás leído en París, y de quien se dice que esta misma semana será ministro de Fomento... Aficionado, como todos los calaveras trascendentales, a la arqueología amatoria, desea tener noticias autorizadas, ya que no puedan ser auténticas (así me lo indicó la otra noche, sobre *quién fue y cómo fue* en realidad la pobre Julia de***, a la cual tú conociste tanto en esos mundos de Dios... Señor de Loja, presento a usted la bella, aunque averiada, humanidad del conde de las Acacias, avaro, solterón, diplomático de sesenta años y pico, que se ha pasado toda la vida en nuestras legaciones y embajadas de Europa y de América, y a quien idolatran cuantos tienen la honra de conocerle, sean rusos, sean moros, sean yankees, sean judíos... Acaba de llegar de Viena, donde ha sido nuestro ministro plenipotenciario, y pronto saldrá para Washington, investido del mismo carácter... Conque ahí se quedan ustedes... Hablen de Julia... ¡Yo voy a ver si me desquito al ecarté de lo que me ha ganado al tresillo este bribón de Manolo!

El conde de las Acacias, hombre adorable, por lo menos para la vida de los salones; sin voluntad, entusiasmos íntimos ni otro móvil espiritual que una fría inteligencia más clara que el agua; todo ojos, calva, exclamaciones y sonrisas; despreciador profundo y servidor constante de las pasiones... ajenas (pues no las tenía propias); que llevaba el frac como los veteranos el cotidiano uniforme, y en quien la vejez no era ancianidad, sino cierta especie de juventud estropeada que seguía usando por apego a lo conocido, dio un cigarro a Guillermo, diciéndole: «Tome usted... Éstos son mejores que los del duque...»; sentose luego junto a él en un diván del despacho; y, entre una y otra bocanada de humo, le habló de la siguiente manera, con melancólica lentitud:

IX
VERDADERA HISTORIA DE JULIA

«—¡Pch!... ¡La pobre Julia!... ¡Lástima de mujer!... Yo creo que vive, y que debe de estar en algún pueblecillo de Andalucía, o en algún convento... ¡No!, ¡en convento, no!... En casa de algún cortijero de sus antiguos estados... *Aut Cæsar, aut nihil*... fue siempre su lema; y, al verse arruinada, se iría a reinar sobre una docena de gallinas... Pero ¿qué estoy diciendo que usted no sepa? ¡Cuando usted, diputado del Mediodía, pide en Madrid informes de Julia de***, es señal evidente de que la ha visto en aquel país, y hecho justicia a sus grandes cualidades!... Todavía debe de estar guapa... ¡Es muy joven! Cuando vuelva usted a verla, o le escriba, dele expresiones de su amigo Manolo, pues las agradecerá de seguro... ¡Siempre nos hemos querido bien! No me conteste usted nada... No me diga si acierto o si me equivoco: no me engañe, sin necesidad alguna de mentir, ni me confiese la verdad, habiendo inconveniente en ello... Yo soy hombre de mundo, y diplomático, y sé reducirme a vivir de adivinaciones y conjeturas...».

Guillermo saludó afectuosamente al conde, el cual miró al techo, y luego a su cigarro, y volvió a decir con artística mansedumbre:

«—¡Pch! ¡La pobre Julieta!... A mí no me hizo caso nunca..., aunque me quería mucho. “Te sobra talento (solía decirme) y te falta corazón (¡ya ve usted!, ¡dos injusticias!) para conseguir enamorarme... Conténtate con la amistad fraternal que nos une desde que yo era niña...”. ¡Ah! ¡Buena mujer! ¡Buena! ¡Algo mejor que muchas que lo son oficialmente..., habiendo pecado bastante más que ella y con peores miras!... El gran delito de Julia, por lo que respecta al mundo en que estamos, es no haber vuelto a casarse, y, sobre todo, haberse arruinado. Si hoy conservara sus millones, y hubiese contraído matrimonio con cualquiera de sus amantes, sin perjuicio de tener enseguida amores con los demás; si hubiera venido a Madrid acompañada de esposo y cortejo, siquiera fuese el esposo un tahúr y el cortejo un espadachín, podría estar dando este baile, u otro mucho más concurrido, para el cual todos los aquí presentes ha-

bríamos buscado una invitación, teniendo a mucha honra danzar, refrescar, cenar, fumar y jugar en él... ¡Digo! ¡Porque no sé si usted sabrá que no todas las princesas que dan bailes en Madrid son santas Ritas ni santas Mónicas!... Conozco, sin embargo, que hay alguna diferencia entre mi amiga y otras pecadoras... ¡Julia ha tenido siempre el pícaro defecto de ser demasiado franca y atrevida! ¡En lugar de ocultar sus amantes (y aquí me permito la generosidad de suponer que las demás los ocultan enteramente), ha viajado con ellos por mar y tierra, los ha exhibido en los teatros de París, en los hipódromos de Londres, en los museos de Florencia, en los lagos suizos, en las mezquitas de Constantinopla y en los Santos Lugares de Jerusalén!... ¡Donde únicamente no los ha ostentado nunca (gran rareza) ha sido en España, en su patria, en la tierra de sus ilustres mayores! Pero, en fin, ha cometido el feo pecado de escándalo, por su afán de parecerse a las heroínas de Jorge Sand, y a esta misma escritora, y de soñar con héroes como los de lord Byron o como lord Byron mismo. ¡No ha tenido presente que, para la sociedad, es mucho más grave faltar a las leyes de la hipocresía que a las de la virtud! Pudiera, en cambio, alegrarse a favor de la llamada *aventurera*, que no ha engañado, ni arruinado, ni costado un maravedí a ningún hombre: que, de casada, no faltó a su marido..., ¡ni aun después del divorcio!, y que, de viuda, no simultaneó jamás en la concesión de sus favores, sino que permaneció fiel a cada amante, hasta que la fatalidad puso término a la respectiva alianza... ¡Porque esto es lo cierto y positivo... como ya irá usted deduciendo de mi relación! Se dirá que cuatro o seis amantes son muchos... (y yo lo reconozco también, aunque sé de respetables o cautas madres de familia que han tenido catorce...). Pero ¡fijémonos en el destino trágico que ha perseguido siempre a Julia! Ya sabrá usted que, recién puesta de largo, se casó con un general francés, muy bruto y muy hermoso, de quien tuvo que separarse a los dos años... Aquella boda fue una de tantas deplorables ideas de Alfonso, hermano único de la pobre muchacha y tan valeroso, guapo y desprendido como ella, al cual siempre quiso entrañablemente. Durante el año que medió entre aquella separación y la heroica muerte del general, ocurrida en la guerra de Argel, Julia

vivió en un convento, en Austria; y después..., ¡ah!, después vinieron los viajes, las fantasmagorías, las locuras románticas, los millones gastados sin honra ni provecho (en redimir cautivos, que merecían ser presidiarios, en asustar con sus apuestas a todos lo concurrentes al Derby de Londres, y en otras rarezas por el estilo), así como la adoración universal de príncipes, artistas, lores, poetas y demonios coronados... a aquella especie de lady Stanhope, o de Éon de Beaumont, o de Bonaparte con faldas, que recorría el mundo trastornando imperios... Total: cuatro amantes efectivos y dos nominales, o sea cuatro hombres que, en el espacio de nueve o diez años, consiguieron sentarse a su izquierda en el disparado carro de triunfo de su vida... Volcaron y perecieron, o se hicieron indignos de seguir en su puesto de honor, aquellos héroes, y esta repetida desventura fue para la diosa como una reiterada viudez... ¡Piense usted en María Stuardo, por ejemplo, o en la gran Catalina de Rusia!

«—Ya he pensado... —interrumpió, sin querer, Guillermo.

«—Pues la única diferencia que hay entre ellas y nuestra amiga, es que María Stuardo murió en el patíbulo, y Catalina de Rusia sobre el trono, mientras que Julia se ha quedado prosaicamente arruinada y a pie... ¡Ah! ¡El dinero! ¡El dinero dora y engrandece todo lo que toca! Pero dejémonos de filosofías... Voy a ver si recuerdo cronológicamente a los cuatro consortes morganáticos y a los dos amantes platónicos de nuestra querida princesa... Por de pronto, sepa usted que todo lo que se ha dicho de un fraile, y de un torero, y de un republicano húngaro a quien ahorcaron, es pura invención... ¡Julia ha sido siempre dama y artista, hasta en sus fragilidades y extravagancias! No negaré lo de cierto cantante napolitano... Pero ni las cosas llegaron con él a mayores, ni hay que perder de vista que se trataba de un verdadero genio, que hizo llorar y perder la cabeza a toda Europa... No fue, sin embargo, aquel ruiseñor con bigote y perilla el primer devaneo de Julia, sino el cuarto... *Duca Alfonso, mio quarto marito!*... El primero fue un elegantísimo príncipe ruso, el hombre de moda entre las princesas de entonces, a quien, efectivamente, y sin que ahora lo diga como símil, vimos todos estrellarse en Varsovia, disparado por un especie de trineo en que iba con su adorada. El segundo, marqués, poeta,

capitán de fragata y andaluz, murió en un desafío, en Trieste, por infundados celos de un joven lord inglés, a quien la pobre Julia no hacía ningún caso. El tercero fue aquel prematuro ministro español, plenipotenciario luego en Turquía, que, viajando con ella por Egipto, se volvió loco..., de amor, según unos, y de calor natural o solar, según otros... El caso es que se lo dejó allí, enterrado a la sombra de las Pirámides. *Hic est locus* del tenor italiano, al cual otorgó Julia, más bien que favores, el imprudente honor de viajar y poetizar con él por los lagos suizos, con gran escándalo de nuestras veraneadoras de la grandeza... En tal situación, cierta romántica noche de luna, el muy canalla le pidió doscientos mil francos, para comprar una finca en Nápoles, adonde retirarse cuando le *mancasse la voce*... La respuesta de Julia fue darle los doscientos mil francos y dos bofetones, entrambas cantidades por medio de un lacayo negro... En cambio, el quinto amante se pegó un tiro debajo de la barba el día que trágicos sucesos políticos le obligaron a separarse de ella para siempre. ¡Ésa es la más dramática y grande historia de Julia!... Prendada, como he dicho, de la siniestra figura social y literaria de lord Byron, a quien hubiera amado frenéticamente, en caso de vivir en su tiempo, quiso imitar el único rasgo heroico del gran poeta, gastando millones y arriesgando su vida por defender la independencia de los griegos. Puso, pues, los ojos en la isla de Candía, tan pertinaz en alzarse contra los turcos, y, de diez millones de reales que le quedaban entonces, gastó ocho en reclutar, equipar, armar y transportar gente a la antigua Creta, para una nueva insurrección...; todo ello, por haberse enamorado en Corinto de cierto príncipe candiota, que no dejó ciertamente de acompañarla en tan hermosa empresa. Fracasó el golpe, pues los otomanos cogieron el buque en que iban todos, y, a buen componer (pues el príncipe era hermano de una de las favoritas del sultán), quedó decretado que el candiota pasase toda su vida en cierta isleta fortificada del mar de Mármara. Resignose a ello el candiota, bajo la condición, propuesta por Julia, de que permitiesen a ésta vivir con él; pero, habiéndole negado el sultán aquella gracia (¡qué egoísta!... Aunque dicen que fue la sultana, hermana del vencido, la que, por envidia de la belleza de Julia, se opuso a aquel

arreglo), aconteció que el príncipe, el día de la separación eterna, escribió a su adorada una carta de delirante amor, que yo he leído, diciéndole que prefería morir a vivir sin ella..., y se levantó la tapa de los sesos. ¡Ya ve usted que estas cosas van rayando en lo épico y en lo sublime, y que si Julia no hubiera tenido el vulgarísimo fin de quedarse de pobre en lo mejor de su vida, habría llegado a figurar en las páginas de la Historia!

»Vamos al último capítulo, que yo mismo conozco difiere mucho del anterior en grandeza y poesía, pero que igualmente difirió de él en consecuencias o realidades amoratorias... Estamos en Baden-Baden...; y digo *estamos*, porque allí estaba yo también aquel otoño. Hace de esto cuatro años y medio. Un *pequeño duque* alemán hállase enamorado de Julia, y juega a la ruleta como cualquier hombre de poco juicio. Nuestra amiga juega también sus últimos millones, deseosa de volver a ser riquísima, para comenzar a gastar de nuevo sin limitación, o de quedarse francamente pobre, para retirarse a descansar al campo. (Ésta era la contestación que daba a mis sanos consejos). Pierde y pierde el duque, y sigue jugando, por no declararse vencido ni asustado ante la mujer a quien solicita; y pierde y pierde Julia, para demostrar al duque que la gallardía en perder dinero... propio no la admira ni entusiasma, pues es virtud que está al alcance de cualquiera. Arruínase el duque antes que Julia: y entonces ésta, que ha desdeñado hasta aquel momento el amor del soberano liliputiense, comienza a oírle y a coquetear con él, en novelescos paseos a caballo por valles y montes..., a tal extremo, que la murmuración supone intimidades efectivas... que no existen. En tal estado, la terrible *Pródiga* (así la nombraba el mundo) llega a ganar una tarde hasta diez millones sobre el dinero perdido: los juega de una vez *para ser rica o pobre* (fueron sus palabras), y los pierde. El duque la invita entonces a irse con él a su ducado, donde aún le quedan medios para vivir magníficamente y volver a ser rico en dos o tres años de mediana conducta... Todo el mundo cree que tal será el camino que tome la atrevida española; pero, con asombro general, desaparece de Baden, sin despedirse del duque, ni aun de mí..., y ésta es la hora en que ni el duque, ni el mundo, ni yo hemos vuelto a tener noticia alguna de ella... Sin embargo, como yo sé que era incapaz

de suicidarse, pues reunía todo linaje de arrogancias y siempre la oí calificar de cobardía el suicidio de su hermano y el del candiota, repito que debe de estar en el campo, en algún cortijo de sus antiguos colonos, haciendo heroicidades poéticas de un modo inverso o por distinto arte que en la primera mitad de su vida, esto es, heroicidades de castidad, modestia y mansedumbre, ya que no de arrepentimiento y penitencia... ¡Ah! ¡No!... Mística no será nunca... ¡Dios no la ha llamado por el camino del cielo!... Dígame usted ahora si necesita saber más... Pero aquí tenemos al insigne duque...

»—Te buscaba, Manolo... No se incomode usted, señor de Loja... —profirió el dueño de la casa, apoderándose del conde con una mano, y haciendo señal con la otra a nuestro Guillermo de que volviera a sentarse—. Jacoba reclama tus buenos oficios diplomáticos, para ultimar cierta negociación muy peliaguda... Perdóne usted, señor de Loja, que le prive un momento de la compañía de este gran maestro... ¡Pues, sí! Jacoba te aguarda en la galería de los bustos... Se trata de cazar al *Oso blanco*... ¡Ya sabes! Hasta luego, señor de Loja; y no deje usted de ir a cenar; pues el comedor se acaba de abrir y las señoras echan de menos galanes que las sirvan... ¡Verás, hombre! ¡Verás qué idea tan graciosa!...».

Así diciendo, el opulento duque se alejó, apoyado en el brazo del conde de las Acacias y hablándole al oído.

Eran las dos de la madrugada, y Guillermo tenía bastante, tenía hasta demasiado, con lo que acababa de contarle el viejo diplomático y con las dos lágrimas de Pura para su satisfacción y alegría por aquella noche... Perdonó, pues, la cena y la segunda mitad del baile, y, sin despedirse de persona alguna, tomó el camino de su casa y de su cama, a fin de entregarse libremente al dulce vaivén de sus gratos y contradictorios pensamientos.

X PERPLEJIDAD

Figurémonos las dos o tres horas de insomnio que pasó nuestro joven en aquel lecho de soltero, que ya le parecía pro-

visional, hasta que, a la salida del sol, lo venció la fatiga física y comenzó a soñar en otra forma sobre el mismo tema...

A la cabecera de su cama estaba, de un lado, Julia, defendida y engrandecida por su amigo el conde, más seductora y extraordinaria que antes, con su romántico prestigio, con su séquito de amadores ensangrentados, con su homérica empresa de Candía, con sus príncipes y su *pequeño duque*; jugando doce millones a la vuelta de una carta o al rodar de una bola; redimiendo cautivos, como los santos y los reyes; enterrando entre los faraones al joven estadista que se había vuelto loco de amor por ella, y causando celos a la sultana favorita del gran turco... ¡Ay!, ¡sí!...; pero aborrecida también por toda la alta sociedad madrileña, desdeñada hasta por sus propios parientes, y declarada por todos fuera de la ley..., aun después de considerarla muerta y sepultada.

Y al otro lado de la cabecera de Guillermo estaba Pura, la niña ideal, inocente, virgen; la Grande de España, eventual heredera de dos enormes caudales, por todos codiciada y querida; la que por él, simple obrero de la inteligencia y representante en Cortes del estado llano, había llorado de amor aquella noche...

Aspirar a Julia era rebajarse muchísimo.

Pretender a Pura era encumbrarse demasiado.

En lo primero había deshonor.

En lo segundo excesiva honra.

Y en ambos casos tenía que arrostrar las críticas del mundo.

Por lo demás, ninguno de los dos caminos estaba libre de obstáculos y contradicciones. Para llegar a Julia, tenía que renunciar a Madrid y a su ambición; tenía que vencer los reparos que ella misma le opuso la célebre noche del 1.º de octubre; tenía que conquistar su voluntad de hierro... Para llegar a Pura, necesitaba vencer, sin más apoyo que la mudable fantasía de una niña, la obstinada oposición de sus padres, los orgullosos marqueses de Pinto. ¡Julia no había contestado a sus cartas!... ¡De Pura no tenía motivos para aguardar milagros de carácter!

Pues agréguese, para colmo de perplejidad, que si la destronada *Pródiga* le parecía más bella, lo atraía como un abis-

mo deleitoso y había nacido para fanatizar y subyugar al varonil artista, ciego adorador de la forma griega, la linda hija de los próceres halagaba más el orgullo, la vanidad y la ambición del futuro ministro, a quien todos envidiarían tal alianza...

¡Porque es de advertir que la cartera de Fomento figuraba en este cuadro a los pies de la cama, como si ya se la hubiese conferido Su Majestad Católica!

Resultado: que Guillermo se durmió optando por casarse con la marquesita, y soñó que se paseaba a caballo con la *Pródiga* por el ameno valle del Abencerraje.

XI

DECISIÓN

Tres horas de sueño llevaba el venturoso joven, cuando Enrique y Miguel, forzando la consigna por medio de la mágica palabra *crisis*, que hizo abrir la puerta y tanto ojo al criado, no exento en verdad de su correspondiente ambición de llegar a estanco, penetraron en la alcoba diciendo con jubilosas voces:

—¡Arriba! ¡Arriba, seor perezoso! ¿Quién piensa en dormir cuando hay dos vacantes en el Gabinete? ¿Se planteó la crisis, y todo el mundo pronuncia tu nombre para la cartera de Fomento!

—Pero decidme, hijos, ¿estáis locos? —exclamó Guillermo desperezándose—. ¿Crisis al amanecer? ¿Pues no duermen los hombres públicos?

—La crisis estalló anoche en un gran baile, que, según parece, hubo en casa de los duques de Cardona...

—De Carmona, *s'il vous plaît*... Y sabed, además, que yo salí de ese baile hace tres o cuatro horas..., y nada observé de lo que contáis...

—¡Pues hijo, estarías allí tocando el violín! Porque no serían las dos de la noche cuando —según acaba de decirme Miguel— ya estaba en el Casino la noticia de que, habiéndose reunido por casualidad en la gran pajarera de aquel palacio el presidente del Consejo, el jefe de la disidencia y los ministros de la Gobernación y de Fomento, los dos primeros hicieron comprender a los

dos segundos que estaban en el caso de dimitir, como en efecto dimitieron en el acto... ¡Conque vístete, y échate a la calle!...

—¿A qué?

—¡A que te vean!...

—¡Toma!, ya me han visto muchas veces...

—Sin embargo, debes presentarte al presidente del Consejo... ¡Tú eres el verdadero causante de la crisis!...

—Ya me llamará el presidente, si me necesita...

—¡Mal sistema!... En fin... ¡qué remedio!... Nosotros defenderemos tu derecho a una poltrona... ¡No salgas! Y, suponiendo que no volvamos antes, cuenta con que vendremos a comer contigo. A las siete... ¿no es cierto?

—A las siete.

—Pues adiós... Vamos a ver a Marcos, a quien se indica para ministro de la Gobernación... ¡Hasta las siete!

—¡Que no salgas!

—Descuidad, hermosos; que no saldré.

Así dijo el ya casi ministro de la Corona, y, cerrando los ojos y los oídos del alma a la ausente y emparedada reina del cortijo del Abencerraje, abrió todas las puertas y ventanas de su corazón a la esperanza de casarse con Pura, de ser marqués, de ser grande, de ser millonario, y de llegar a tal cima de poderío y felicidad, no por favor ni condescendencia de nadie, sino por derecho propio, sin menoscabo de su orgullo, a justo título, o sea desde la no menor altura de consejero de Su Majestad, de hombre de Estado, de gobernante de la nación, de árbitro de los destinos de la patria...

Tenía veintisiete años... ¿Cómo había de pensar ni sentir de otro modo el hasta entonces hijo mimado de la fortuna?

XII

EL DON LUCAS DE SIEMPRE

Cinco minutos después de haberse marchado los madrugadores Enrique y Miguel recibió Guillermo un B. L. M. del presidente del Consejo de Ministros, citándolo para la una en el despacho del ministro de Hacienda.

¡Aquello no era ya conversación! ¡Aquello era algo más que una esperanza!... ¡Aquello era la realidad!...

El ambicioso respiró con tanta fuerza y llegó a tal grado de satisfacción y egoísmo, que estamos seguros de que, si en aquel momento le hubiesen anunciado la visita de Julia, habría dicho que le respondieran que no estaba en casa... y que hasta la noche no volvería... ¡Lo primero del mundo era ya jurar! ¡Jurar el cargo de ministro! ¡Dejar de pertenecer a la clase de *gobernados*! ¡Subir al Capitolio de los tiempos modernos!

Tres o cuatro minutos tardaría el joven en vestirse de pies a cabeza, aunque lo hizo con mayor esmero que nunca. Menos tiempo aún gastó en almorzar. Antes de las once tenía ya a la puerta, aguardándole, una elegante berlina de casa de Lázaro..., y parecióle dos siglos las dos horas que todavía transcurrieron antes de que el impasible reloj señalase las doce y cuarenta y cinco... Empezó entonces Guillermo la marcha, y cuatro minutos después, o sea cuando faltaban once para la una, estaba ya en el despacho del ministro de Hacienda.

Aquél era... o, por mejor decir, *había sido* el laboratorio de la modificación ministerial... Queremos significar con esto que, cuando nuestro famoso orador entró allí, era ya ministro de la Gobernación el susodicho Marcos, y ministro de Fomento un viejo muy nulo, pero muy grave y silencioso, que se sentaba en el mismo célebre banco que Enrique y Miguel y que ya llevaba veinte años de figurar como candidato para diferentes carteras siempre que había crisis.

El presidente del Consejo dio mil satisfacciones a Guillermo «por no haberle incluido *aquella vez* en la combinación ministerial, como deseaba y era justo, y como lo haría en la primera ocasión que se presentase...».

—¡Pero, amigo mío... —añadió, encogiéndose de hombros— había que despenar a ese pobre don Lucas, que llevaba ya recibidos diez chascos desde que se le metió en la cabeza (de que carece) ser ministro de la Corona! Al ser de día estaba ya hoy en mi casa, y, ¡lo declaro!, he tenido lástima de él, más que de mí y de la nación. Pero, por lo mismo que don Lucas no habla ni discurre, el Gobierno necesita más que nunca el apoyo de hombres de talento, y he llamado a usted para su-

plicarle que acepte la Dirección de Beneficencia, vacante por resultas de este cambio, y la Gran Cruz de Isabel la Católica...

Guillermo respondió que por nada se sujetaría a reelección, que agradecía todas aquellas bondades, aunque no las aprovechara, y que el Gobierno podía contar con su humilde apoyo, cual si le hubiesen conferido la Dirección y la Gran Cruz...

Es decir, que nuestro joven estuvo digno y guardó las formas sociales, como hombre educado que era... ¡Pero la rabia y el despecho rugían dentro de su corazón!...

—¡Ah! ¡Julia... Julia! —se dijo cuando salió del Ministerio—. ¡Cómo me explico que hayas despreciado siempre el mundo! ¡Cuánto más vales tú que estos curadores o tutores de la llamada sociedad!

De vuelta en su casa, recibió una tarjeta de Miguel, suscrita por Enrique, en que le decían: «No nos aguardes a comer. Estamos ocupadísimos».

—¡Pues es claro! —pensó Guillermo—. ¡Comerán en casa de Marcos, o en casa de don Lucas!

En los periódicos de aquella noche leyó la historia de la Dirección y de la Gran Cruz, grandes elogios de su persona y conducta, muchos aspavientos porque no le habían hecho ministro, mordaces críticas del entrado en su lugar, etc.; todo lo cual demostraba, en sustancia, que el buen don Lucas no era lerdo, por cuanto había sabido comprender que en España basta y sobra con pasarse veinte o treinta años pretendiendo ser archipámpano de Sevilla para que al cabo le digan al más romo: «¡Séalo usted, y déjenos en paz!», aunque centenares de sapientísimos Guillemos de Loja se queden burlados en sus legítimas esperanzas.

También leyó el joven en la *última hora* de los periódicos, no sin lanzar una carcajada demasiado alegre, que *se indicaba* a Enrique para la susodicha Dirección de Beneficencia, y a Miguel se le concedería la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Esta faz, grotesca ya y hasta repugnante, de los sucesos de aquel día, hizo recobrar a Guillermo su antigua longanidad, o más bien su misantrópica soberbia... Ello es que el desairado joven se metió en la cama con cierta satánica satisfacción, como diciendo: «La ignominia de los demás me venga de su injusticia».

Durmiose, pues, al poco rato, no sin haberse dado antes cuenta de que los sucesos comenzaban a empujarlo otra vez hacia Julia...

Mas, para que todo sucediese aquella noche a la inversa que la anterior, soñó que estaba casado con Pura, y que tenía de ella muchos hijos, muchos... ¡muchos!...

XIII

OTRAS DOS LÁGRIMAS

Por último, al siguiente día, lluvioso y triste domingo de Carnaval, en que parecía que la tierra se había quedado huérfana y sola, por muerte del sol o por clausura definitiva de las puertas del cielo, personose en casa de Guillermo, a la hora reglamentaria, con el fin de hacerle visita, a fuer de puntual diplomático que no faltaba nunca a las leyes de la etiqueta, nuestro nuevo amigo el viejo y afectuoso conde de las Acacias...; el cual, después de decirle cosas muy lisonjeras y galantes con respecto al origen de la crisis, a *la cartera que le habían usurpado* y a las otras posiciones que no había admitido, cambió graciosamente de tono, y habló en estos términos:

—En fin..., ¡le digo a usted que el baile de los duques dejará nombre..., no sólo por su magnificencia..., sino por las cosas memorables que allí ocurrieron! A usted lo perdí de vista enteramente, y no pude hallarlo cuando fui en su busca para decirle que la crisis ministerial había estallado en la pajarera..., *c'est drôle n'est ce pas?*, y que sonaba usted para ministro... Luego me dijeron que se había usted marchado... Yo me estuve allí hasta lo último: cené con los duques y con media docena de íntimos de la casa, a cosa de las seis, cuando ya se habían ido hasta los músicos, y eran más de las ocho, y ya calentaba el sol, cuando salimos de aquella mansión de delicias. Pues bien: iba a decir que, en la que llamaré cena-almuerzo, dimos la última mano a una negociación que anoche era objeto de todas las conversaciones en el Teatro Real... ¿Estuvo usted por acaso? Yo no le vi...

—No, señor; no estuve. Esta noche es cuando me toca...

—¡Oh! ¡Pues nuestra negociación es un acontecimiento de primer orden!... Recordará usted que la noche del baile, cuando nosotros estábamos hablando de la pobre Julia, fue a buscarme el duque, de parte de su mujer, que deseaba encargarme el arreglo de cierto asunto...

—Sí...; recuerdo perfectamente...

—Pues bien: se trataba de cazar, o sea de casar, al llamado *Oso blanco* de los solterones, a mi jefe inmediato, al casi decrépito duque de Almuñécar, que hace cuarenta y cinco años era el *Lovelace* de Madrid, que hoy está hecho una miseria de canas, arrugas y dolores...; pero que es indudablemente el más rico de todos nuestros Grandes... (¡Figúrese usted, tantos millones de renta como miles de duros tienen de capital algunos títulos que arrastran coche!... En fin... ¡una barbaridad!). Ya hacía tiempo que la marquesa de Pinto...

Guillermo dio un brinco en la butaca.

El conde no lo observó, y siguió diciendo muy naturalmente:

—...acariciaba la idea de casar con él a su hija...

—¡A Pura! —exclamó el joven...

—¡A Pura, sí, señor!... —respondió el elegante viejo—. ¿Usted la conoce?

—¡Que si la conozco! —gimió Guillermo, con la risita en los labios—. Siga usted..., siga usted. ¿Quién no la conocería ya, con lo que lleva usted dicho? ¿No comenzó usted afirmando que la *negociación* está ultimada?

El conde se quedó estupefacto, y preguntó gravemente, al cabo de unos segundos de silencio:

—Hablemos como personas bien nacidas, señor de Loja... ¿Sería usted por casualidad *un joven*, a quien los marqueses de Pinto se abstendrían de nombrar anteanoche, pero a quien aludieron dos o tres veces?... ¡En verdad, sentiría muchísimo haberle hablado de este asunto, si es usted el *joven* de que se trata; y espero me haga la justicia de admitir que he procedido inocentemente al contarle!...

—Creo en la sinceridad de usted... —repuso Guillermo con digno y reposado acento—, y le suplico me repita la alusión de los señores marqueses, para que yo juzgue si se referían o no a mi persona...

—Bajo la reserva propia de caballeros, se la repetiré a usted, accediendo a su sentida súplica. Los marqueses aludían a *un joven... de esperanzas*, con quien Pura *se había permitido ciertas exterioridades...*

—¡Ése soy yo!... —afirmó Guillermo con viril entereza.

—Pues crea usted que siento con toda mi alma...

—Nada tiene usted que sentir. Por lo menos, yo le estoy hasta agradecido de que me haya anticipado tan curiosa noticia... Porque ha de saber usted que el hecho de que la señorita Pura se haya permitido conmigo las *exterioridades* que sus padres lamentan, no significa que yo la ame ni por asomos. Puede usted, por tanto, seguir contándome esa *negociación*, que no deja de tener gracia... Y, por mi parte, aseguro a usted, también muy reservadamente, que si Pura necesitase de mis oraciones para tener hijos del viejo duque y realizar completamente el negocio en cuestión, yo se las negaría con la más cruel indiferencia... Ruego a usted que siga...

—¡Oh!... ¡Oh!... Es usted demasiado fuerte... ¡Estos andaluces!...

—Murciano, señor conde...

—Viene a ser lo mismo. ¡Pues nada!... Ya lo sabe usted todo... Pura aceptó la mano del *Oso blanco*, después de derramar las dos lagrimitas de costumbre, y esta misma tarde saldrá con su padre y su tía en dirección a París, donde la compra de galas, carruajes, muebles, etc., consolará a la vanidosa doncella de la vejez de su primer esposo... ¡En verdad, el baile de la otra noche era para sacar a cualquiera de sus casillas!... Usted sabrá que la casa de Pinto, riquísima hace cuarenta años, ha venido a menos; y... ¡ya se ve! los marqueses y la muchacha habrán calculado que con los millones del duque de Almuñécar... es fácil dar muchísimos bailes mejores que los del duque de Carmona, y muchas comidas, y tener por docenas los coches y los palcos... y viajar como príncipes...

—¡Pero no redimir cautivos! ¡No costear expediciones para libertar islas!... —gritó Guillermo, sin poder contenerse.

—¡Oh!, no... Eso no lo hace nadie más que *aquella*... —exclamó el viejo epicúreo, con cierta emoción, poniéndose de pie y colocando la punta de los dedos sobre el hombro del jo-

ven—. *Aquella* tiraba el oro, y *ésta* lo busca... *Aquella* sacrificaba el dinero en aras de su corazón, y *ésta* sacrifica su corazón en aras del dinero... Conque, adiós, y crea que puede llamarme su amigo; pues, aunque yo no hago heroicidades, gusto de los héroes... Hasta la noche; que nos veremos en el Teatro Real...

—¡En el Teatro Real!... —pensó el burlado amante—. ¡Allí estaba yo citado hoy con la que ya no debe llamarse Pura; con la que no podrá asistir a la cita por haberse vendido a un mundo viejo; con la que nos ha engañado a los dos en una misma noche, regalando a cada uno un par de mentirosas lágrimas!...

Y, después de acompañar al conde hasta la puerta, volvió a su despacho; se dejó caer en el sillón del escritorio, y quedó sumido en dolorosas reflexiones.

XIV

EL HORIZONTE SENSIBLE

Hemos dicho que era domingo de Carnaval.

Hacía una tarde más triste aún y lluviosa que lo había sido la mañana. Desde los balcones del despacho de Guillermo, correspondientes a la espalda de la casa, se descubría parte del Prado y del Paseo de Recoletos. Algunos coches particulares, algunos carrmatos con mojigangas y algunas mal pergeñadas estudiantinas, arrojando el frío, el agua y el viento, daban allí, entre unos árboles sin hojas y un cielo de color de ceniza, no sé qué aspecto fúnebre a las carnestolendas de aquel año. Parecían los gritos de las máscaras aullidos de dolor o de susto, y los trompetazos de las murgas destemplados acordes de piporros en un entierro... ¡Deliciosa tarde para trabajar, para leer, para cumplir nobles y austeros fines de la existencia humana; pero horrible y tétrica para pensar en festejos públicos y alegrías mundanales!

Guillermo oía los lejanos gritos y músicas de aquellas máscaras llenas de lodo, de aburrimiento y de fatiga, y pensaba en los viles afanes de Enrique y Miguel por alcanzar una falsa glo-

ria... Pensaba en aquel presidente del Consejo de Ministros, a quien no llegaban los patrióticos avisos de su conciencia, sino el vocerío de otras máscaras y otras murgas..., de las máscaras y murgas políticas... Pensaba en aquellos insensatos marqueses de Pinto que ponían a su hija en el camino del adulterio, para que aumentase el esplendor de tan ilustre casa; y en aquella niña que se encaminaba a París, a comprar los pórfidos y jaspes del sepulcro en que iba a enterrar, virgen y prostituido, su corazón de veinte años... No había trabajado nuestro joven hacía mucho tiempo, ni en su bufete, ni en sus proyectos de obras públicas, ni en su estudio de pintor; y, confundiendo el remordimiento con la impotencia, y el óxido corrosivo de la ociosidad con desdenes y ultrajes de la envidia, creyose ya inútil para todo; dudó de sí y de los demás; juzgó de nuevo que no servía para las luchas de la corte, o que todo Madrid se había conjurado para ser injusto con él, y un desfallecimiento general aniquiló todas sus fuerzas morales, sumergiéndole en tristeza y misantropía más hondas y ciertas que las pintadas en aquella carta que escribió a Julia la noche de su triunfo parlamentario.

¡Julia!... He aquí la única verdad, la única afirmación, la única esperanza de dicha que quedó de pie en las ruinas de tantas otras ilusiones como se habían hundido en la imaginación de Guillermo.

—¡Julia! —pensaba el cuitado con infinita melancolía—. ¡Allí estará!..., sola, enterrada viva, bloqueada por la adversidad y la desesperación en este largo invierno... Ya han pasado dos meses desde que le escribí la segunda carta, y no me ha contestado... ¡ni me contestará!... ¡Ha hecho bien! ¡Cómo la he ofendido, y cuánto la he calumniado en estos dos meses! ¡Qué bien había adivinado ella todas las miserias de mi alma, todas las ruindades de mi ambición! ¿Dónde, dónde hay otra Julia? ¡Qué diferencia entre sus defectos y los de sus jueces y verdugos! ¡Qué grandeza en todo lo que ella hizo! ¡Qué mezquindad en todo lo que he visto estos últimos días! ¡Comparar a Pura con Julia, es comparar a la comadreja con la leona! Pura no carga de oro y despide ignominiosamente al hombre indigno que le pide dinero... ¡Pura acepta el dinero y las cari-

cias del viejo indigno que la compra! Pura, arruinada, no des-
 deña los millones del *pequeño duque*... ¡Pura da su virginidad
 por los de otro duque más pequeño! Por Pura no se matan los
 hombres... ¡A Pura la desprecian! Por Pura no se vuelve loco
 nadie... ¡Pura vuelve a los locos cuerdos! ¡Ah! ¡Julia! ¡Julia! ¡Y
 yo he podido suponer mejor la vida con tan ruin persona que
 la muerte contigo!... Y todo... ¿por qué y para qué? ¡Por vivir
 en Madrid y luchar, en el camino de la más noble ambición,
 con un Enrique o con un don Lucas! ¡Por ser lo que han sido
 o pueden ser ellos! ¡Por ceñirme la banda que ya tiene Miguel!
 ¡Por llegar a la altura de un marqués de Pinto! ¡Por obtener
 los aplausos de los mismos a quienes desprecio! ¡Por evitar
 que censuren mi unión con la más bella y heroica de las mu-
 jeres, no las buenas madres y esposas a quienes jamás me acer-
 co, a quienes no oigo, de quienes nada sé hace ya años, sino
 las cuatro familias disipadas que representan hoy a mis ojos la
 opinión pública!...

Entrado ya el hipocondríaco en la senda del pesimismo y la
 injusticia, que se sabía de memoria, por haberla recorrido va-
 rias veces durante sus ataques de bilis, no tardó en llegar, de
 exageración en exageración, al límite de toda esperanza y al
 borde del negro precipicio en que se arrojan los suicidas... No
 lo era él por naturaleza... (que el suicida nace, y lo es cons-
 tantemente, aunque no llegue a realizar el nefario hecho), y,
 de consiguiente, no se pegó un tiro aquella tarde, como tam-
 poco se lo pegó en más tristes días que le reservaba el desti-
 no... Pero como, por otro lado, las negaciones morales y me-
 tafísicas que llenaban de tinieblas su espíritu enfermo habían
 tomado ser, y forma, y alma, en aquella otra negación, trágica
 y hermosa, que se llamaba Julia; como el artista misántropo,
 desde el punto y hora en que la vio, se había reconocido va-
 sallo póstumo de aquella heroína rebelada contra el mundo,
 proscrita de la sociedad, desterrada del cielo a que la llamaba
 su hermosura; como ella, en fin, era para él lo que los poemas
 de lord Byron fueron para ella, la idealización de la soberbia,
 del vencimiento y del dolor satánico, aconteció lo natural ló-
 gico; lo que no tenía remedio desde el instante en que la car-
 tera y Pura desaparecieron del *horizonte sensible* del ambicioso

aplaudido y del amador afortunado; lo que por primera vez era cierto y real en el corazón, como antes en los labios o en la pluma, de Guillermo de Loja...; es, a saber: que todas sus esperanzas de felicidad, todas sus ilusiones, todo su anhelo, toda su gloria, toda su ambición, se cifraron en Julia...

Partir inmediatamente en busca de ella, no darle previo aviso; llegar en pleno invierno, en una de aquellas horribles noches, al cortijo del Abencerraje; arrojarse a los pies de la belleza; contarle todas sus cuitas, y decirle: «Aquí vengo a vivir y morir contigo, a idolatrarte mientras tenga la ventura de verte, y a seguirte al sepulcro el día que mueras»; no cejar, no ceder, si era mal recibido o se veía desdeñado; quedarse allí de cualquier modo; rendirla a fuerza de amor y sufrimiento, a fuerza de bendiciones y lágrimas, y pasar la vida mirándose en sus ojos, en el seno de la naturaleza, en la paz del campo, sin volver a saber del mundo, ni de sus émulos, ni de sus rivales, ni de sus amigos, ni de la malhadada opinión pública, representada por un papel que puede no leerse ni recibirse...; tal fue el plan súbito, entero, definitivo, irrevocable, que formó Guillermo... en menos tiempo que hemos tardado nosotros en decirlo.

Y tan arraigado en sus entrañas sintió desde luego aquel propósito, que inmediatamente puso manos a la obra.

—Mañana a la noche parto de Madrid... —dijo a su servidumbre—. Necesito llevar equipaje de invierno, de primavera y de verano. Se cerrará esta casa por ahora, y ustedes recibirán su salario de tres meses, por si tardan en hallar colocación. Me llevo todos mis libros, todos los instrumentos de matemáticas y todos los caballetes, lienzos, paletas y cajas de colores y de pinceles que hay en mi estudio. Pónganse desde luego a hacer baúles y cajones...

Dicho esto, comenzó a romper papeles, a empaquetar otros para distribuirlos entre varios amigos suyos, ingenieros y abogados, y a escribir cartas con instrucciones de lo que tenían que hacer... La turbia y triste aurora del día siguiente lo halló dando cima a aquella tarea. Descansó dos o tres horas, y se echó a la calle, donde hizo innumerables compras de cuanto un hombre civilizado, estudioso y amigo de sus costumbres pue-

de necesitar en el desierto. A las once fue al Banco de España, y sacó los ahorros que tenía en él depositados, los cuales importaban muchos miles de duros. De regreso en su casa, escribió dos cartas de muy pocos renglones: la una dirigida a su padre, diciéndole que se iba a su distrito, a casa de un amigo, con el objeto de descansar y escribir cierta obra de matemáticas, y la otra a *La Correspondencia de España*, para que anunciase su marcha a Murcia, «donde pensaba residir largo tiempo, cuidando de su salud, por consejo de los facultativos».

Encargó a su ayudante que no echase al correo estas cartas hasta pasados tres días. En cambio, dirigió otra aquella misma tarde a un grande elector de la cabeza del partido a que correspondía el cortijo del Abencerraje, pidiéndole, con gran reserva, que tal día, a tal hora, le tuviese dispuestos un caballo y un guía y tres mulos y un arriero, sin decirle por qué ni para qué... Y, arreglado todo por tan solemne y decisiva manera, el lunes de Carnaval, a las nueve de la noche y lloviendo a cántaros, sin despedirse de nadie y sin criado alguno a su servicio, salió nuestro héroe de Madrid, en el tren-correo de Andalucía, con firme propósito de nunca más volver...; en tanto que otros muchos jóvenes de su edad se desesperaban en oscuros pueblos de provincia, soñando con ser diputados, con tener entrada en los salones de la Grandeza, y con ir a bailes de máscaras como el que aquella noche daba la Junta de Damas de Honor y Mérito en los salones del Conservatorio.